



AÑO IV.

Madrid, 16 de Enero de 1879.

NÚM. 4

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4.50 »
Tres.....	2.50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID.

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Boletín oficial de la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar de España.— Del ejercicio de la jineta, por F. B. Navarro.— Virtud germinativa de algunas semillas de hortalizas, por D. Balbino Cortés.— Historia natural en acción; sapos y víboras, por el C. de F.— Una noche al acecho, novela.— El mejor pedestal de la hermosura, por J. G. Abascal.— Las patatas tempranas, por D. Estanislao Mallgren.— Caza mayor en las montañas de León, por D. Luis Ovalle.— Café indígena, por E. M.— Asilo para perros en Londres, por N.— El baile del Liceo.— Noticias generales.— Noticias de la Sociedad, por La Kasab.— Tiro de pichón de Madrid, por Arellano.— Tiro de pichón de Lisboa.— Mercado de Madrid.— Cuadrado de palabras.— Advertencia.— Anuncios.

BOLETIN OFICIAL

DE LA

SOCIEDAD DE FOMENTO DE LA CRÍA CABALLAR DE ESPAÑA

El 31 del próximo pasado terminó el plazo para la inscripción de los potros con opción á correr en el *Gran premio de Madrid de 1881*, y claro es que solamente un corto número de los mismos tomará en su día parte en esa carrera; pero, y acaso precisamente por eso, es por lo que la lista inserta á continuación constituye un hecho del que sinceramente nos debemos congratular.

A pesar del poco tiempo que ha mediado desde que se anunció este premio, á pesar de las dificultades materiales de toda innovación, y á pesar de que muchos criadores acaso ignoren todas las ventajas de esta estadística, el crecido número de los potros inscritos y los nombres de sus progenitores confirman una vez más, de una manera indisputable, que las carreras de caballos no son sólo lo que infundadamente dicen sus pocos enemigos, sino uno de los medios más eficaces y prácticos de contribuir al fomento de nuestra cría caballar.

Lista de los potros y de las potrancas nacidos ó importados (1) en España en 1878 y que han sido inscritos para el *Gran premio de Madrid de 1881*.

Pertenecientes á D. Guillermo Garvey, de Jerez de la Frontera.

Una potranca. I. . . . Por Santander y Escalibar, importada.

(1) Según las condiciones del Gran premio de Madrid en 1881, podrán correr los potros importados; pero desde 1882 en adelante sólo los que hayan nacido y sido criados en España.

Una potranca. I. . . . Por Victorious y Bouquet, importada.
Un potro. . . . L.I. . . Por Ascot y Corveta, nacido en Jerez.

Pertenecientes al Excmo. Sr. Duque de Fernan-Núñez.

Flamenco. . . . Potro I. . . . Por Scottish-Chief y Charlotte-Russe, nacido en La Flamenca (Aranjuez).

Lola. Potranca I. . . . Por Fervacques y Emeline, id., id.

Tajo. Potro I. Por Tynedale y Minister-Bell, id., id.

Perteneciente á D. Ricardo E. Davies, de Jerez.

Zoraya. Potranca I.I.I.A. Por Lucero y Juliet, nacida en Jerez.

Pertenecientes al Excmo. Sr. D. J. P. de Aladro, de Jerez.

Primero. Potro I. Por Dalnacardoch y Flourish, nacido en Jerez.

Bristol. Potro I. Por King of the forest y Lancashire Lass, importado.

Sirena. Potranca I. . . . Por Dalnacardoch y Flourish, nacida en Jerez.

Perteneciente á D. Tomás Heredia, hijo, de Málaga.

K. Potro I. Por Fervacques y Lady Elizabeth, nacido en San José, hacienda cerca de Málaga.

Pertenecientes á D. Pedro N. Gonzalez, de Jerez.

Lacónico. . . . Potro H.I. . . Por Gaylad y Amistosa, nacido en el cortijo de Crespellina (Jerez).

Lástima. Potranca I. . . . Por Gaylad y Gacela, nacida en el cortijo de Mariscala, id.

Libertina. . . . Potranca E. . . . Por Avencer y Diabla, nacida en el Kaucho de los Caños de Aduzar, id.

Lebrijana. . . . Potranca H.M. . Por Malchus y Defensora, nacida en el olivar de Santa María del Pino, id.

Lizarda. Potranca H.I. . Por Filon y Elma, nacida en el Kaucho de los Caños de Aduzar, idem.

Luego. Potro H.I. . . Por Gaylad y una yegua española, nacido en el cortijo de la Mariscala (Jerez).

Lauro. Potro H.I. . . Por Filon y Abeja, nacido en id., id.

Liberal. Potro H.I. . . Por Filon y Avellana, nacido en el Kaucho de los Caños de Aduzar, id.

Leal. Potro H.I. . . Por Gaylad y Astucia, nacido en el cortijo de la Crespellina, id.

Lombardo. . . . Potro H.I. . . Por Filon y Almiranta, nacido en el olivar de Santa María del Pino, id.

Lince. Potro E. . . . Por Alguacil ó Avencer y Euterpe, nacido en el cortijo de la Crespellina, id.

Lepanto. Potro E. . . . Por Avencer y Fortuna, nacido en el cortijo de la Mariscala, idem.

Pertenecientes á D. Manuel C. Gonzalez, de Jerez.

G. Potranca H.I. . Por Gaylad y Abutarda, nacida en el cortijo de la Mariscala (Jerez).

G. Potro H.I. . . Por Filon y Bandolera, idem, id., id.

Pertenecientes á la Excmo. Sra. Marquesa del Saltillo.

13 potros. . . . H.I.A. . Por Matador y diferentes yeguas hispano-árabes ó hispano-anglo-árabes, nacidos en la Isla del Guadalquivir.

5 potrancas. . . H.I.A. . Por Matador, y todas las mismas condiciones de los anteriores.

Pertenecientes al Sr. Marqués de Larios y nacidos en la provincia de Málaga.

Leon. Potro I. Por Fervacques y Sevillana.

Lila. Potro I. Por id. y Colina.

Sevillano. . . . Potro I. Por id. y Coronela.

Huerfanilla. . . Potranca I. . . Por id. y Bandolera.

Garboso. Potro H.I.A. . Por Solitario y Zaeta.

Morito. Potro H.I.A. . Por id. y Finita.

Marqués. Potro H.I. . . Por Turon y Golondrina.

Polvorilla... Potranca II.I. . Por id. y Naranjuela.
Tortolita... Potranca II.I. . Por id. y Romera.
Aluendrita... Potranca I... Por id. y Señorita.

RESUMEN.

8 potros y	7 potrancas	pura sangre inglesa.
15 » y 6 »	»	hispano-anglo-árabes.
8 » y 4 »	»	hispano-ingleses.
1 »	»	luso-ingleses.
	1 »	hispano-moruna.
2 » y 1 »	»	españoles.
34 » y 19 »	»	á saber:
1 » y 2 »	»	importados.
33 » y 17 »	»	nacidos en España.

Número total de inscripciones para el año 1881: 53.

Madrid, 1.º de Enero de 1879.—El Presidente, DUQUE DE FERNÁN-NUÑEZ.—El Secretario, MARQUÉS DE CASA-IRUJO.

DEL EJERCICIO DE LA JINETA.

Extraña cosa parece hoy todavía á muchos, en España, que en otras naciones se atribuya gran consideración é importancia suma á cuanto á la naturaleza del caballo se refiere, y que los grandes de estos tiempos, ya los que por nacimiento así se titulan, ya los que á la fortuna ó á la industria deben un lugar prominente en la sociedad, dediquen su ingenio, sus caudales y sus desvelos al estudio y perfección de una materia que por tan útil fué considerada en todas épocas por los hombres.

Pásmanse no pocos ante los infinitos trabajos con que en Inglaterra, en Francia, en Alemania é Italia se atiende al «hacer de las castas y criar de los potros», como en los felices tiempos del idioma castellano se decía; al conocer las fabulosas sumas en que se venden en otras naciones algunos caballos; al saber que hay alguno que á su dueño ha proporcionado 10 millones de reales de ganancia en algunos años; al tener noticia, en fin, de las pruebas admirables de destreza ó de ligereza ó de resistencia que son resultado práctico de lo que hoy se llama «Mejora de la raza y fomento de la cría caballar.»

Mas los que tales cosas extrañan, los que de ese modo se paskan, desconocen sin duda la brillante historia que nuestro país guarda, olvidada por desgracia, en cuanto á estas materias y al arte de cabalgar se refiere, y en el cual, por cierto, ningún otro le aventajó. Ignoran que si hoy los magnates y los banqueros se honran con patrocinar los ejercicios del hipódromo, con favorecer el mejoramiento de las razas caballares, hombres de los más flustres protegieron en España en pasados tiempos con mayor honra y provecho las mismas cosas que, por aplicarse á más grandes empresas, alcanzaron mayor fama y trascendencia. A éstos se debió el renombre que en todas épocas, pero más especialmente desde el siglo XVI, tuvieron los caballos españoles; que no sólo practicaban por sí propios los ejercicios más arriesgados y dirigían personalmente grandes yeguas, sino que también dejaron escritos luminosos tratados, en los que se consignó como ciencia completa y acabada cuanto hoy constituye el arte de la doma y enseñanza especiales que los ingleses llaman *breaking* y *training* y los franceses *entraînement*.

De autor desconocido existe en castellano un tratado curiosísimo del siglo XIII, tan ignorado, que ni los bibliófilos más empedernidos se han percatado de su existencia. Otros hay algo posteriores; pero sin remontarnos á la época de los códices, y sólo mencionando algunas de las obras modernas de más viso, diremos que ya en el siglo XVI dejaba escrito D. Diego Ramirez de Haro, «que fué grande hombre de á caballo», según dice un cronista (1), un *Tratado de equitación de la brida*

(1) Este fué aquel valeroso capitán que, yendo camino de Flandes, tuvo una escaramuza en Perona con unos ca-

y la jineta, muy notable por su ciencia y claridad; los caballeros de Santiago D. Gaspar Bonifaz, don Luis de Trejo, D. Juan de Valencia, D. Alonso Carrillo Lasso, dejaban posteriormente muy eruditas y discretas obras sobre diversos ramos de caballería; y los capitanes Pedro de Aguilar, Francisco de Céspedes y Velasco, Francisco de Navarrete y D. Juan Arias Dávila Portocarrero, segundo conde de Puñonrosro, quien, según es fama, amaestraba por sí mismo sus caballos, escribían en aquellas épocas de grandezas guerreras muchos libros en que se trata «el modo de las castas y criar los potros», domarlos, enseñarlos, enfrenarlos y castigarlos de sus vicios; de suerte que se obtuvieran *caballos ligeros* como los albaneses é italianos de entonces, con armaduras leves; caballos para los hombres de armas ó para la caballería de línea, como los de Navarra; otros para los arcabuceros de á caballo con arcabuz portátil ó de cañon largo y en jinetes con su antigua y loable lanza y adarga. «Y fuera todo esto parte—dice mediado el siglo XVI Pedro Fernandez de Andradá—con nuestra infantería, para sujetar en pocos años la mayor parte del orbe, porque no hace mayor golpe el encuentro del caballo crecido, de la raza de Nápoles, ni el del caballo frison corpulento, que el maestro con su furia é ímpetu.»

Mas si de una parte se procuraba cuidadosamente la producción de caballos aptos para los ejercicios de la guerra, no por eso eran ménos atendidos los que se habían de destinar á aquellos deportes pacíficos que se denominaban *carreras públicas*, *carrera de un jinete sobre dos caballos*, *carrera piés arriba*, *carrera alcanzando la lanza del suelo*, *torear con lanza ó con rejon*, *con vara larga ó con espada y varilla*, *echar el lazo al toro y manejar luego sin soltarlo*, *desjarretar con media luna*, *las cañas y adargas*, *las cuchilladas al toro* y las diversas *monterías* de leones, osos, elefantes, venados y avestruces; la temerosa de *jaballes con lanza*, *con horquilla ó con estoque*; la caza de volatería y la de liebres con arcabuz, á caballo; todos éstos á la jineta, que para la brida había otros distintos, y todos, unos y otros, pedían caballos de distintas cualidades, cuyo esfuerzo, destreza y valentía habían de ser acomodados á cada servicio.

Fué, pues, tenida en mucho más la escuela de la jineta que la de la brida, no sólo para los menesteres de la guerra, sino para los simples deportes ó pasatiempos. Tanto es así que desde el principio del reinado de Felipe II son frecuentes las lamentaciones de cuantos se ocuparon en escrito del ejercicio de la jineta sobre la negligencia y menoscabo en que, á su decir, iba cayendo tan preciosa escuela. Hasta hubo fraile dominico que en un sermón reprendiese á los caballeros de Córdoba el poco ejercicio que tenían de la jineta «cuiendo—deciales—con ella ganado y apoyado la antigüedad de su sangre y la nobleza della defendiendo la fe de Jesuchristo y sirviendo á sus reyes, que ahora no tratan de imitar á sus abuelos sino á los ahorcados andando á la brida con las piernas tan largas, que apenas alcanzan con las puntas de los piés á los estribos.»

Debatida cuestion fué entre los escritores que en los siglos XVI y XVII se ocuparon del arte de andar á caballo, la de si la caballería ó escuela de la jineta fué ó no más antigua que la de la brida.

balleros franceses, y enviándoles un cartel de desafío á la usanza de los antiguos caballeros andantes, les dijo «que si había tres caballeros ó capitanes de caballos ligeros que juntos quisiesen pelear con él solo yendo á la jineta.» Y aunque de vuelta de Flandes repitió el desafío, no hubo un solo francés que con él se atreviese, lo cual hubo quien atribuyó en parte al poco conocimiento y gran temor que los franceses tenían de las excelencias de la jineta, que tanto aventajaba á la brida, sobre todo en campo abierto.

Pero la opinion comun inclinábase siempre á asignar mayor antigüedad y más ventajas á la primera, y entre *bridones* y *jinetes* prevalecían éstos siempre, en razon á los mayores servicios que el primero de los dos modos de cabalgar rendía sobre el segundo en aquellos tiempos de continuas guerras y esforzados ejercicios de todo género. Es lo cierto que en la *Crónica de Don Alfonso el Décimo* encontramos por primera vez nombrados á los *jinetes* que vinieron de Africa, acaso alterando la palabra *zenet*; y que en un ordenamiento de Don Enrique III se trata ya de una fuerza de caballería organizada y reglamentada á que se da el nombre de *los de la jineta*. La escuela de la brida no fué más que una degeneración de la *estradiota*, y acaso tomada de los florentinos cuando las guerras de Italia en el siglo XVI, y que era la escuela peculiar de éstos.

Lo cierto es que mientras se montaba en España á la jineta para salir al campo, ya á guerrear, ya á luchar con las fieras, ya á lancear toros, ya, en fin, para todos los pasatiempos que hemos enumerado y áun algunos otros, todavía muy entrado el siglo XVII, en el que los juegos de la corte alcanzaron mayor auge y desarrollo, sólo se concedía al ejercicio de la brida, bien que fuera de mucha gala y lucimiento, seis *modos ó usos*, que eran: la *sortija*, el *estafermo*, la *justa*, el *torneo*, los *golpes de espada* y el *torear con varilla*.

El caballerizo mayor de Felipe II, muy docto en estas materias, y en particular en el ejercicio y caballería de entrambas sillas, deja sin dilucidar en su obra esta cuestion, si bien cita á Boemio y á otros antiguos, quienes afirman, según él, cómo en España abundaron siempre los caballos ligeros, en los cuales se andaba á la jineta, cuyo origen, en suma, reconoce ser árabe y que los moros usaron siempre este modo de caballería.

El predominio de esta escuela sobre la de la brida mantúvose hasta el advenimiento de la casa de Borbon al trono de España, y durante toda la época austriaca encontramos en las diversas obras sobre la jineta escritas los mismos encomios, si bien retratándose en ellos el diferente espíritu de cada época y la evolución que en él se realizaba convirtiéndole de esforzado y guerrero en afeminado y pacífico. «En España—dice uno de los escritores citados—siempre se sale al campo á la jineta, y es más conveniente por el embarazo de las ramas que causan en los piés yendo á la brida, y la mejor disposición de guardarse del agua con los estribos de pato y postura más recogida; razon que (áun á los cortesanos) obliga en el invierno forzosamente á andar á la jineta, por el disgusto y desaliño de los lodos, que sólo así se excusan, pues aunque en la brida se ponen gualdrapas, además de no conseguirse de todo punto con ellas este requisito, están muy desusadas y no pueden traerse á todas horas.»

Por la misma época, y en un libro patrocinado y altamente encomiado por el Conde de Villamediana, se ponen severos reparos á las exageraciones que los cortesanos habían introducido en ambos modos de cabalgar, censurando el que tenían algunos, que no era una cosa ni otra, y estableciendo que «el buen caballero ha de llevar el cuerpo sostenido sobre los estribos y en medio de los dos arzones, en el aire, sin que ninguno de ellos le llegue al cuerpo.»

Otras muchas é interesantes prescripciones se dejan establecidas en esta y otras muchas obras que tratan de la jineta, de las cuales nos iremos ocupando. Ellas ponen de manifiesto el gran cuidado y severa disciplina con que estas materias eran consideradas en aquellos tiempos en que tuvo España los más diestros jinetes y los caballos mejores que se han conocido.

F. B. NAVARRO.

VIRTUD GERMINATIVA

DE ALGUNAS SIMIENTES DE HORTALIZAS.

A pesar de que la experiencia acredita que generalmente la simiente nueva es la que más pronto brota, no por eso es la que á veces nos conviene mejor con respecto al desarrollo del vegetal, y sobre todo al de su fruto; así hay plantas que echan más tallos y hojas y ménos frutos sembrándolas con semilla cogida durante el año; otras necesitan sembrarse tan pronto como su fruto esté bien maduro; otras veces es ventajoso con ciertas plantas no hacer la recolección de su simiente sino cuando han sido tempranas, ó al contrario de las tardías, y éstas diferencias, caprichos de la misma naturaleza, efecto de la influencia del clima, del suelo, ó quizás cualidades natos en los vegetales, nos interesan tanto más, cuanto que la vegetación depende principalmente del estado en que se halla la simiente que le da vida. Además, como á veces, sea á causa de un mal año, ó de estar ciertas plantas poco cultivadas, se carece de semilla, importa al agricultor conocer el tiempo que conservan su virtud germinativa.

Decaisne y Naudin (1) dicen: que la mayor parte de las plantas, y aún si se quiere todas, la duración de la vitalidad de sus simientes depende de la resistencia de ellas á las influencias químicas y físicas de los sitios donde se encuentran. No obstante, debemos indicar á nuestros lectores de EL CAMPO, puesto que Febrero y Marzo se acercan, y es cuando principian las siembras de hortalizas, las calidades especiales de la germinación de sus simientes; pero para que este trabajo sea, aunque sucinto, ordenado y fácil, seguiremos el orden establecido por *Jussieu* en su clasificación botánica de las familias naturales.

De las Esparagóideas: el espárrago, *esparagus officinalis* de Linneo. Excelente legumbre que se encuentra silvestre en los campos labrados, y en los terrenos pedregosos el de monte. Se cultivan dos variedades: la verde ó comun y la gorda-violeta, que llaman los franceses de Holanda, cuya extremidad es rojiza ó color violeta. De pocos años á esta parte los cultivadores de Argenteuil han conseguido nuevas variedades, que obtienen en el mercado de París mayor precio que la que cultivamos en Aranjuez. Todas ellas se deben á la entendida y constante perseverancia de los hortelanos de dicha localidad, y especialmente á los señores *Lherault*, cuyos notables resultados respecto á los productos obtenidos por las simientes han sido incontestables, así como también el perfeccionamiento y mejora del cultivo de estas plantas.

Las mejores y más notables variedades son las siguientes:

1.^a El espárrago temprano de Argenteuil, mucho más grueso que el llamado de Holanda, de mayor producto y precocidad, lo cual es ventajoso para que en el mercado alcance mayor precio.

2.^a El espárrago mediano ó intermediario; grande y hermoso, aunque no tan característico como los anteriores.

3.^a El espárrago tardío de Argenteuil, que es el mejor y más notable de los que hemos citado, no sólo porque es el que da durante más tiempo mejor y más abundante producto, sino porque se obtiene mucho después que los otros.

El espárrago, aunque generalmente se multiplica por sus garras y rara vez se siembra á causa de que no siempre se reproduce con las mismas cualidades que el que ha producido la simiente sembrada, no obstante, si alguno quiere hacerlo, para obtener como en Francia nuevas variedades, es menester que deje en la primavera sin cortar

los tallos más vigorosos, y cuando sus bayas estén bien maduras, lo que se conoce en su color rojo, debe secarlas al aire guardándolas luego hasta el momento de la siembra, expurgándolas entonces en agua, y no sembrando otras que las que al caer en ella se van al fondo. La simiente del año es la mejor y la única que se debe emplear, pues la de dos necesita varios meses para brotar.

Este cultivo, que tanto se llegó á perfeccionar en Aranjuez, gracias al entendido *D. Claudio Bontelou*, en cuya época se servían en la mesa del rey espárragos desde el 4 de Noviembre hasta el tiempo natural de brotar espontáneamente, ya no es el mismo, y preciso sería que se variase la especie por las citadas de Argenteuil, que tanta aceptación merecen en Francia.

De las Liliáceas. De esta familia, los hortelanos cultivan buen número de plantas distintas: pero como con varias de ellas se pierde un año si se siembran, generalmente se multiplican plantando los retoños; así se hace con los ajos blancos, castaños y pardos, etc., mientras que siempre se siembra la cebolla *allium cepa*, el cebollino *allium fistulosum*, sus diversas variedades y el puerro ó ajo puerro, *allium porrum*, planta bisanual, originaria de Suiza. Algunos botánicos creen que esta liliácea cultivada no es sino una variedad mejorada del puerro silvestre (*Allium ampeloprasum* L.). La cebollada destinada para simiente se planta en Febrero y la blanca en invierno; y como crece mucho, se dejará entre cada pié una distancia de treinta centímetros; las especies más señaladas son la redonda y larga, que se subdividen en nuevas variedades, como son la morada ó de España, la blanca de Portugal, la temprana ó de huerta, la larga encarnada y la larga blanca. De todas ellas la más apreciable y más útil es la morada de España, y todas las numerosas variedades se modifican fácilmente bajo la influencia del clima, así como de la tierra. La simiente de un año es la mejor; mas pasando tres, ya no sirve: la del cebollino es casual, y su calidad dudosa pasando dos años de edad: no se debe cogerla sino sobre tallos de dos años bien maduros, y no guardar más semilla que la que se desprende naturalmente de las cabezas sacudiéndolas; si, por el contrario, se hace comercio con la referida simiente, se deben cortar con tijeras las ombelas, y atadas en manojos de seis á ocho, se cuelgan bajo un cielo raso con las cabezas arriba, y en un cuarto bien seco; así se conservan para la venta durante dos ó tres años. Con la simiente del puerro sucede otro tanto, á pesar de que en todos los ensayos ha brotado mejor la de dos años que la reciente ó del año, y con la de tres años de edad se ha experimentado siempre la pérdida de un 25 por 100.

De las Polygonáceas. La acedera, *rumex acetosa*, y la romaza, *rumex patientia*, son plantas vivaces y espontáneas en los prados; y la que merece se cultive con más predilección es la de hojas grandes, porque no es tan ácida como la comun, y es la que en Belleville se cultiva (*oscilla de Bellerille*) y se consume en París. De *Candolle* cita la segunda variedad, que llama *Epinards immortels*, no sólo porque es excelente como planta alimenticia, sino por sus virtudes medicinales.

Las simientes de dichas especies se conservan buenas tres ó cuatro años; pero la del año es la mejor; la romaza se cultiva muy poco en España; en donde más consumo de ella se hace es en Inglaterra; su vegetación es muy temprana y produce muchísima semilla; de modo que con media docena de piés que se dejan granar basta para las necesidades de una huerta, aunque sea grande.

De las Atriplicáceas. Pertenecen á esta clase la espinaca de huerta, *spinacia oleracea*, la remolacha beta, con sus diversas especies, y la acelga comun *beta vulgaris*, que son plantas anuales. En

España se cultivan varias especies, á pesar de que la mejor, la *lampina inglesa*, tan tierna y carnosa, es todavía muy poco conocida de nuestros hortelanos, así como también no lo es la *Espinea de Flándes*, cuyas hojas son muy grandes y es la más productiva de todas las variedades. El modo de tener esta planta todo el año consiste en sembrarla desde Marzo hasta Octubre en surcos de diez y seis centímetros de distancia, de tierra muy abonada y mullida, fresca ó con frecuencia regada. El cultivo en verano deberá ser en tierra donde no dé mucho el sol, bien que no dura mucho porque se desarrolla pronto.

La simiente de las espinacas se conserva durante tres años; pero para obtenerla mejor es menester no cogerla sino de los piés crecidos de tres años, y como esta planta tiene flores de órganos machos y de órganos hembras en distintos piés, es menester dejar intactos de trecho en trecho algunos piés machos para obtener la simiente, lo que no es general el que nuestros hortelanos observen, y por eso con tanta frecuencia se quejan de la esterilidad de sus espinacas, sin saber que ellos mismos son la causa, porque suelen arrancarlas en vez de conservarlas. La remolacha encarnada, grande, pequeña, y la blanca no ofrecen particularidad alguna, si bien el resultado de nuestros cultivos no está conforme con el parecer de los hortelanos de París; la más vieja de las simientes de España ha brotado perfectamente, sin tener más que tres años de edad, mientras que los cultivadores franceses aseguran que conserva su virtud germinativa hasta cuatro ó cinco años, de modo que siempre la más joven es la mejor en nuestro concepto. La acelga crece silvestre en nuestro suelo y se cultivan la blanca y encarnada; su simiente se guarda muy bien hasta ocho años: pero la acelga cuya vegetación se desarrolla mejor, es la que tiene un par de años de edad.

Por último, nuestro inolvidable amigo y eminente agrónomo Excmo. Sr. *D. Alejandro Olivan*, cuya reciente pérdida siempre lamentaremos, dice en su inmejorable y bien escrito *Manual de Agricultura*:

«Cual fuere la simiente, tal será el fruto. Todo grano destinado á sembrar ha de ser, según su clase, pesado y lustroso, grueso, y aún más que grueso, sano y limpio. Sea de la última cosecha, y no añeja, pues aún cuando hay simientes que conservan muchos años su virtud, otras no, y lo más seguro es lo mejor. Todo esto de las semillas es digno de mayor esmero que el que se le concede.»

BALBINO CORTÉS.

HISTORIA NATURAL EN ACCION.

SAPOS Y VIBORAS.

Sapos á diez reales la docena.—Mercado de sapos.—El sapo jardinero y el Ministro de Agricultura.—Modestia de sapo.—Medias de Pajarito.—Gallinas con calzo.—El zapatero de las gallinas.—Comerciantes de sapos por mayor.—Sapos franceses y sapos ingleses.—Horticultores de Londres.—Viboras.—Recurdos.—El conserje del Jardín de Plantas.—Doce sepulturas en una bóveda.—Anécdota.—Singular remedio contra la mordedura de las viboras.—Privilegio del criz.—Lucha.—Aguiles y la laguna Estigia.—La ciencia guarda completo silencio.

Hace dos años estaba yo en París y me paseaba una mañana por la inmensa calle de Rivoli, entretenido en mirar los escaparates de las tiendas de que está llena aquella calle. De repente siento que me tocan en el hombro, me vuelvo y me encuentro agradablemente sorprendido al verme frente á frente con mi primo Luis Muñoz, que hace cinco años vive en un precioso hotelito en Bougival, alejado del ruido de París, y dedicando, como Alfonso Karr en Niza, al cultivo de su jardín.

—¿Cuánto me alegro de haberte encontrado! me dijo: imagínate que acabo de arruinarme haciendo compras; estoy sin un cuarto y aún me

(1) *Traité général d'Horticulture*, tomo I, pág. 472.

queda una importante adquisicion que hacer: hazme el favor de prestarme cinco ó seis napoleones.

—Con mucho gusto, le contesté, principalmente si es para comprar alguna planta ó flor para tu encantadora esposa.

—Es para comprar ocho docenas....

—¿De guantes?

—Ocho docenas de.... sapos.

—¿De sapos? ¡Misericordia de Dios! Pues qué, ¿se venden los sapos?

—A dos francos y medio la docena.

Hay un mercado de sapos como lo hay de flores.

—¿Probablemente estará en el Pantano?

—Así debía ser, pero está junto á la Bastilla.

—¿Mas para qué demonio pueden servir esos asquerosos batráceos? Creía yo que el sapo no servía sino para causar horror á los hombres y miedo á las mujeres.

—¡Qué ignorancia! ¡qué injusticia! ¿Has oído tú hablar de las babosas y de los caracoles?

—Algunas veces he tenido el honor de encontrarme con ellos.

—Sabrás entónces que estos maldecidos insectos son la plaga de los jardines. ¿Ves tú esas lechugas que se están abriendo, esos guisantes que se hallan en flor, esos espárragos que se balancean con el viento, esas judías que enredándose trepan? ¿ves esas enrojecidas zanahorias y esas achicorias rizadas como la cabellera de un ángel? Pues en una noche, en una sola noche puede todo eso ser destruido, deshecho y consumido por un escuadron de babosas.

—¿Y qué remedio?

Tomar una docena de sapos, colocarlos en medio del jardin y dejarlos obrar libremente, deseándoles que tengan buen apetito.

Como su aficion predilecta es por las babosas (verdadera aficion de sapo), él las buscará, las encontrará y se las comerá.

Entónces las lechugas vuelven á adquirir su verdor, las zanahorias maduran con tranquilidad y los espárragos se salvan.

De esta manera el sapo viene á ser un excelente trabajador que se mantiene á sí mismo y no pide salario.

El jardinero aprecia los distinguidos servicios del sapo mientras el Ministro de Agricultura se digne conceder á éste una mencion honorífica justamente merecida.

—¡No conocia yo, le contesté á Luis, al sapo como trabajador en jardinería, y al primero que encuentre me propongo saludarle con el tacon de la bota. Pero te confieso que no me agradaría mucho encontrarme con semejante operario en mi jardin.

—¿Qué mal conoces al sapo! Es un sér lleno de circunspeccion y de modestia, y como el infeliz conoce su fealdad, no creas que se entretiene, para lucirse, en las principales calles del jardin, ni que se pasea al rededor de las flores, sino que trabaja y descansa, ama y lo hace todo en la oscuridad. Parece que solamente cuida de una cosa, que es de ocultar su fealdad de la vista de todos. Es un precioso pero modesto auxiliador de los jardineros, que, como si tuviera vergüenza de sí mismo, se oculta para ayudarlos.

De pronto párase mi amigo delante de una tienda de mal aspecto diciéndo:

—Creo que hallaré aquí lo que busco.

—¿Los sapos? Adios, yo no entro.

—Espérate, que no se trata de sapos, sino que quiero comprar dos ó tres pares de medias para Pajarita.

—¿Quién es esa Pajarita? ¿Es quizá la niñera de tu casa?

—¡Pajarita la niñera de casa! repitió Luis riendo á carcajadas. Es una gallina, pero una hermosa gallina negra, de pico exterminador, que

persigne encarnizadamente á las cucarachas.

—¿Y vas á comprarle tres pares de medias?

—Bien se trasluce que no tienes la menor nocion de jardinería. Pues si yo le compro esas medias, ¿no conoces tú que Pajarita no podrá ya escarbar la tierra con los piés, y que se verá precisada á no arrancar nada sino con el pico?

En las cercanías de Lóndres casi todas las gallinas de aquellas quintas gastan calzado.

Enrique entró en aquella tienda para salir al momento muy disgustado.

No habia en aquel almacen sino medias para hombre, para mujer y para niño.

El que hacia las de las gallinas vivia en otro barrio.

—Mira, me dijo Luis, ¿ves tú ese caballero que me ha saludado?

—Sí, ese es algun abogado, segun se nota por su presencia y por la corbata blanca.

—Te equivocas, que es un comerciante de sapos por mayor. Inútil es decirte que está riquísimo, pues toda esa gente hace gran fortuna. Todos los años remite á Inglaterra como dos millones de sapos.

Los horticultores ingleses, que son los primeros del mundo, no se desdennan en reconocer la superioridad de los sapos franceses sobre los de la Gran Bretaña. Por lo demas, ellos son los primeros á quienes se les ocurrió la feliz idea de asociar á sus faenas al sapo. Ya he dicho que los jardineros más hábiles son los ingleses.

Gran parte de las legumbres de que se provee Lóndres, segun refiere Mr. Sam, se cultiva en los alrededores de aquella inmensa poblacion, derramadas por una superficie de cuatro mil ochocientos hectáreas, en que se ocupan treinta y cinco mil personas.

Nada puede verse más admirablemente cuidado que aquellos jardines, por lo cual rinden cinco cosechas al año.

Mas tambien ¡con qué esmero y con qué atencion! No solamente no se deja allí una mala hierba, sino que tambien se examinan con el mayor escrúpulo todas las legumbres para quitarles el tizon y cualquier excrecencia.

—Volviendo á tus comerciantes de sapos por mayor, desearia yo saber dónde estos señores acomodan su horrible mercancía. Me parece que no la han de poner á lucir.

—Los tienen en grandes cubas, de donde á cada instante, sin temer nada por sus brazos ni por sus manos desnudos, están vaciando el licor que los sapos expelen, licor declarado sucesivamente por la ciencia ya como inofensivo, ya venenoso.

Con igual descuido manejan estos traficantes las víboras, de las cuales tambien tienen buena provision.

—Tras sapos, víboras; ¡está muy bien! ¿Y entras tú en esas tiendas?

—De fijo, y aún sin pistolas.

—Puesto que tú eres amigo de los sapos y te hallas en relaciones con las víboras, deseo que me informes de algunos pormenores acerca del veneno de ésta. ¿De qué naturaleza es? ¿cómo obra?

—Te contestaré segun la ciencia. «Es un veneno.» No sé nada más. Se le bebe impunemente, y sin embargo, casi siempre mata cuando se introduce en la economía animal por cualquier lesion por pequeña que sea.

El veneno de la víbora tiene la fatal propiedad de que ni la disecacion ni la accion del tiempo pueden debilitarlo. Despues de conservado en una botella por espacio de veinte años, mata á los animales á quienes con él se inocular. Monsieur Valée, conserje del departamento de reptiles del Museo, ha estado el año último para morir, ó al ménos para perder el brazo, por haberse apénas arañado con un diente de víbora que hacia muchos

meses estaba en el fondo del cajon donde cayó cuando el reptil hizo la muda.

Hé aquí un hecho muy curioso, referido por un viajero español, el capitán D. Pedro Espartero:

Cierta noche, dice, un soldado mio encontró en la márgen de un bosque el cadáver de un compañero suyo. Como el difunto llevaba puestas grandes botas de cuero, muy oportunas para aquellos países infestados con serpientes, el vivo no formó escrúpulo en declararse heredero del finado. Cogió las botas de éste, y en seguida se las puso; más á la mañana siguiente habia él tambien fallecido. Sucesivamente doce individuos de su compañía se fueron apropiando las mencionadas botas y sucumbieron del mismo modo, sin que ninguno de ellos sospechára la causa de aquel contagio. Mas llegó el que hacia el trece y fué más entendido, porque examinando las infernales botas, advirtió hácia lo alto de la pantorrilla un diente de víbora medio partido, del cual, hecha extraccion, pudo ya sin recelo usar las botas que tan fatales habian sido á sus compañeros, ménos avisados que él.

¿Qué dices ahora acerca de este imperceptible diente que mata doce soldados? Mayor estrago hace que una bomba ó una bala de canon. Este es ménos mortífero.

En Europa combatimos los efectos del veneno de la víbora por medio del amoníaco y de las cauterizaciones; mas debemos confesar que semejantes recursos son insuficientes las más de las veces.

Los indígenas de los países plagados con reptiles venenosos son mucho más hábiles que los médicos europeos, porque con el auxilio de ciertas plantas contienen al punto los síntomas que causa la mordedura de las víboras, muy peligrosas en aquellos países. Mas hé aquí un singular medio que, segun refiere Mr. Castelnau, se emplea en América para curar esas terribles mordeduras. Como las convulsiones violentas se suceden con rapidez, se manifiestan desde que se ha hecho la herida y en poco tiempo ocasionan la muerte, se pone lo más pronto posible una fuerte ligadura sobre la parte mordida. Sobreviene al instante una convulsion que indica que el veneno ha penetrado en la economía; pero esta convulsion es débil, porque la ligadura no ha permitido la absorcion sino de pequenísima cantidad de veneno.

Así que la primera convulsion ha cesado, se afloja un poco la ligadura y nuevamente se deja pasar una corta cantidad de la sustancia temida. Hay otra convulsion.

Se continúa de esta manera hasta que no haya más accidentes, y el enfermo, que habria sucumbido á la inmediata invasion del veneno, se ha salvado por medio de un fraccionamiento que atenúa el poder deletéreo de aquél.

Pero es muy extraño y llama sobremanera la atencion que el veneno de la víbora es mortal para todos los mamíferos á excepcion de uno solo: dicho privilegio que el erizo posee.

Véase lo que acerca de este particular refiere un naturalista de Gotha, el doctor Lenz:

«Introduje una gran víbora en el cajon donde el erizo estaba dando tranquilamente de mamar á sus pequeñuelos. Sintióla al momento el erizo, levantóse de su cama y se puso á olfatear á la víbora desde la cola hasta la cabeza. La víbora comenzó á silbar, mordiendo muchas veces en el hocico y en los labios al erizo, el que, sin retirarse, se estuvo lamiendo y recibió una gran herida en la lengua.

»El erizo cogió, finalmente, á la víbora por la cabeza, triturando con sus dientes, tanto ésta como la glándula del veneno, á pesar de las contorsiones del reptil, al cual dejó del todo destrozado.

»Al dia siguiente y en los sucesivos estuvo el erizo comiendo de la víbora sin experimentar daño alguno.»

¿Qué hemos de opinar acerca de este erizo invulnerable?

¿Debe creerse que, á la manera de Aquiles, ha sido sumergido en las aguas de la laguna Estigia?

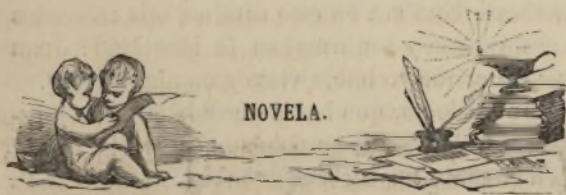
La ciencia, desgraciadamente, se detiene sin decir una palabra ante este hecho del erizo.

Tal es muchísimas veces su lenguaje. Espéremos, sin embargo, que algún día será algo más explícita.

De pronto sacó Luis el reloj, diciendo:

—¡Bien lo he hecho! Están para dar las cuatro y el tren va á salir. No llevo sapos, ni las medias para Pajarita. He perdido el día como Tito. Adios, voy corriendo á Bougival á hacer una regadera de tisana para un infeliz rosál que se está muriendo.

EL C. DE F.



UNA NOCHE AL ACECHO.

Hace tiempo que la fisonomía profesional de diversas condiciones sociales tiende constantemente á borrarse y á confundirse en una vulgaridad uniforme.

El tipo del guardabosque ha sido uno de los primeros en desaparecer, y ha entrado hoy día en el dominio de la leyenda.

He conocido uno que conservaba en plena civilización la independencia fiera del salvaje; para el que el mundo empezaba y concluía en los límites de su guardería, cuyas preocupaciones se concentraban sobre las fieras ó las cabezas confiadas á su vigilancia, y que no se había ocupado de más revoluciones que de las de la atmósfera.

Se llamaba Marcial Martín, pero siempre lo llamaban el gran Marcial, calificativo que había merecido por su alta estatura.

Tenía cuarenta y cinco años y su barba y cabellos empezaban á blanquear; algunas arrugas se señalaban en la cara; pero ni los años ni las fatigas habían hecho mella en su robusta constitución.

La fisonomía del gran Marcial no era lo menos digno de observarse en su persona, y rara vez se había visto una más franca y alegre. Había tomado del sitio en que vivía la inalterable severidad que caracteriza las cosas de la naturaleza, y oponía la misma impassibilidad á la noche que pasaba que al rayo de sol que volvía. Esta calma se la daba el sentimiento de su fuerza y la paz de una conciencia sin remordimiento. No es que estudiase el aparecer grave; por el contrario, era amigo de la alegría; cuando la risa asomaba á sus labios, todo su rostro se iluminaba.

Vanamente se hubiera buscado en veinte leguas á la redonda un hombre más completamente feliz que Marcial.

Hijo y nieto de guardas, no había soñado jamás otra condición que la de sus abuelos, y no creía existiese otra mejor.

Después de haber pasado la edad en que las gentes del campo se casan, el gran Marcial había tenido la suerte extraordinaria, no sólo de casarse á su gusto, sino ver coronar una llama antigua de veinte años.

En su juventud Marcial había sentido viva inclinación hacia la hija de un labrador vecino de la guardería de su padre, con quien había jugado cuando chicos y al lado de la que había crecido.

Por vestirse de indiana, no se es menos accesible al sentimiento de las distancias sociales.

Había ciertamente una, entre la linda labradora que tenía una dote de dos yeguas, dos vacas, veinticinco carneros y un pedazo de tierra, y aquel diablo de guarda que llevaba por todo menaje su escopeta.

Así, Elodia había preferido un herborista á su antiguo camarada.

El día de la boda Marcial huyó al fondo del bosque, y acostado sobre las hierbas, se tapaba los oídos para escapar á los alegres toques de la campana que hasta allí lo perseguían. Había suspirado; puedo que quizás llorase, pues no hay estoicismo contra el amor, pero la resignación es fácil á las almas de su temple: él se decía que todo lo que hace Dios está bien hecho, y que si daba á otro á Elodia, era porque debía ser feliz á su lado.

Se había levantado tan bien fortificado con estos pensamientos, que al día siguiente había sonreído á la feliz pareja al pasar delante de él. Pero su resignación no era indiferencia; no había tratado de arrancar de su corazón aquel lazo y los años se había acumulado sobre su cabeza, sin que pensara reemplazarlo por otro.

Sin embargo, el optimismo de Marcial no debía encontrarse justificado. No sólo Elodia no fué feliz con su herborista, sino que éste, dotado de una sed inmoderada, consumió su propia fortuna, el dote de su mujer y después la herencia, todo bajo la forma de copitas y medios vasos, y murió cuando ya no le quedaba con qué pagar el contenido de una copa, dejando su viuda y una hija de doce años en la más completa miseria.

Entonces fué cuando se afirmó la tenacidad de sentimientos que caracterizaba al gran Marcial.

Cuando supo la desgracia de su antigua amiga, fué á buscarla al pueblo donde la pobre mujer se había refugiado con su hija, y las instaló triunfalmente en su casa.

Un año después se casó con la viuda del herborista.

°°°

Hacia cinco años que habían pasado estos acontecimientos y Elodia, que tenía treinta y nueve años, era aún hermosa; de una hermosura demasiado opulenta, pero indiscutible. Sus mejillas redondas y coloradas como manzanas realzaban el brillo de sus ojos negros, un poco pequeños, pero vivos.

El tiempo había alterado ligeramente la finura de líneas de la boca, pero apenas se observaba cuando sus labios entreabiertos descubrían las treinta y dos perlas con que estaba adornada.

Y las enseñaba á menudo la Marciala, algo porque, como todas las hijas de Eva, cedía fácilmente á la coquetería, y mucho porque Marcial le hacía una segunda edición del matrimonio, tan diferente de la primera, que admirada de encontrar la vida entonces tan buena, no se cansaba de sonreírla.

Una tarde de Diciembre me dirigía hacia la guardería de Marcial, el que me había preparado un acecho de lobo, que me impedía dormir desde el día que me lo ofreció.

Había nevado los días anteriores. El tiempo estaba cubierto y la temperatura baja; el día había sido sombrío, casi crepuscular; grandes nubes de un gris plomo, de contornos color rojo, entorpecidas por la nieve, corrían bajas y se amontonaban hacia el Oriente.

Cuando entré en el bosque, que tenía que atravesar, el viento se debilitó y el sol que tocaba al horizonte se puso rojo, ensangrentando con sus reflejos las aristas de las masas de vapores que lo rodeaban.

La casa de Marcial estaba situada en la extremidad de una punta que forma el bosque en las tierras cultivadas. Dos ó tres campos llenos de

manzanos, y cuyas cercas habían sido reforzadas con empalizadas para resguardarlos de las visitas de los jabalis, constituían sus dominios.

Cubierta con su techo de paja, con sus tres ventanas verdes sobre la blanca fachada, la casa era muy alegre, y cuando la primavera la adornaba con sus flores y hojas, á pesar de su aislamiento, no podía menos de envidiarse á los que la habitaban.

Aquella tarde, aunque la decoración era algo lúgubre, cuando al fin del sendero distinguí la columna de humo que salía por su única chimenea, su aspecto me pareció aún más alegre. Acababa de hacer á pié dos leguas y llegaba con gran apetito.

Cuando puse la mano sobre el picaporte de la puerta, con gran sorpresa mía resistió; estaba cerrada por dentro. Di golpes con la culata de la escopeta y no me respondieron.

En el primer momento pensé si me habría equivocado de día y si era el en que Marcial me había dado cita. Después me dije que el guarda estaría de ronda, y su mujer é hija habrían ido á buscar las vacas al bosque, y me senté en un banco delante de la casa, frente á una ventana á esperar la llegada del uno ú otras.

Mi impaciencia no me dejó quedar allí mucho tiempo; había reflexionado que los animales no salen á pastar en el invierno, y que si los de Marcial estaban fuera, sólo podía ser en el terreno que había detrás de la casa; queriendo asegurarme de si podría ó no ver á alguna de las dos mujeres, me levanté y acerqué al ángulo de la casa, pero no vi lo que buscaba, sino á un hombre que saltaba por el cercado que separaba el jardín del prado y que corría en opuesta dirección.

Mi sorpresa, aunque grande, no me paralizó mucho tiempo.

En lo extraño de sus movimientos supuse que el fugitivo era un malhechor, y pensando en el silencio que reinaba en la casa, tuve un triste presentimiento; corrí tras el desconocido, pero apenas había dado diez pasos, oí que me llamaban. Conocí la voz de la Marciala y me paré.

Era en efecto ella, muy pálida, pero según su costumbre, siempre sonriendo.

—¿Qué mosca le ha picado, señor Jorge, me dijo al acercarse, y por qué se escapaba V. así?

—El hombre! ¿no ha visto V. el hombre? le grité aún bajo la impresión de mi espanto.

—¿Qué hombre? respondió ella admirada.

—El que acabo de sorprender saltando el cercado del jardín y que se ha escapado hacia el río. Un ladrón, ó quizás algo peor: hace un momento hubiera jurado que todos habíais sido asesinados.

La mujer del guarda había mirado al sitio que le indicaba; pero el fugitivo se había ocultado en los matorrales, y nada vió. Entonces se volvió hacia mí, me miró con asombro, y viendo pintado en mi rostro el espanto que las suposiciones que había hecho me hacían manifestar, cesó de reír.

—¡Asesinados! ¿Nada menos que eso! ¿Nos cree V. unos corderos que nos dejaríamos así matar? Aunque Marcial ha salido, aún hay más de una escopeta en la casa, y aunque yo no vaya á cazar lobos, le aseguro que por defender á mi hija, sabría servirme bien de ellas.

—En fin, Marciala, le dije con cierto embarazo; la puerta estaba cerrada, y aunque he llamado, no me han oído, y he podido suponer....

—No os he oído, porque estaba en el último cuarto del otro lado; la casa estaba cerrada porque María está mala en la cama, yo estaba á su lado y no lo esperaba tan pronto.

Como todos los jóvenes, quería tener razón en mis suposiciones, y esta preocupación me impedía observar cómo mi insistencia, era cada vez más desagradable á mi interlocutor.

—¿Y ese hombre que estaba en el jardín? Estoy seguro, pues que lo he sorprendido aún montado en la cerca.

—¡Bah! algún pobre chico que habrá querido coger algunas manzanas.

—No era un chico, era un hombre. No he distinguido su cara, pero su aire y su estatura probaban que era un hombre.

Esta vez la Marciala no pudo contenerse.

—¡Un hombre! Sea, contestó con mal humor; un hombre, pues que V. lo sostiene así; pero que esto no nos impida de entrar; y si vuelve su hombre, como Marcial no tardará en venir, serán ustedes dos para preguntarle lo que quiere.

Al mismo tiempo y con un movimiento desdeñoso Elodia me precedió en el interior. Una alegre llama iluminaba la chimenea, una pierna de carnero se asaba en la parrilla; la atmósfera del cuarto estaba saturada de un penetrante aroma de sopa con hierbas, todo me demostraba, en fin, que me esperaban; sin embargo, lo que había visto, las extrañas maneras de la mujer del guarda, su alegría demasiado afectada, como su despecho mal justificado, la impaciencia con que había acogido mis temores legítimos, todo esto me tenía preocupado.

Un corazón joven, como entonces era el mío, no se inclina fácilmente á sospechar, además, yo sabía que nunca la conducta de Elodia había dado lugar á la maledicencia; su reputación estaba sin tacha, todos en el pueblo hacían justicia á la virtuosa resignación con que había sufrido las difíciles pruebas de su primera unión, y yo conocía bastante las inclinaciones venenosas de las lenguas rústicas para apreciar esta unanimidad de estima, como un diploma de virtud... Sin embargo, la explicación de lo que acababa de pasar era tan difícil de encontrar, que estaba reducido á preguntarme á mí mismo:

—Puesto que este hombre no era ni un asesino ni un ladrón, ¿qué hacía, qué venía á buscar en casa de Marcial?

Elodia había empezado á poner la mesa y permaneció callada mientras estuvo ocupada en arreglarlo todo. Por muy absorto que me tuviesen mis reflexiones, empezó á pesarme aquel silencio y le dije:

—¿Y qué tiene María?

—Desde esta mañana está en la cama con fiebre, me respondió secamente.

—¡Bah! eso desaparecerá como ha venido; no debe V. apurarse tanto por eso.

—¿Qué quiere V.? no se puede mandar al corazón, el mío no sabe querer moderadamente; lo mismo á María que á Marcial, el menor peligro que les amenace me quita toda tranquilidad.

—Esto prueba que es V. tan buena madre como esposa, Elodia, pero sus temores van un poco lejos. ¿Sabe V. que me ha recibido hoy de un modo raro! Empezó V. por burlarse de mí, y después me pone una cara grave y triste como día nublado. Deje V., que mañana cuando volvamos Marcial y yo de nuestra cacería, encontraremos á su María, estoy seguro, fresca y sonrosada, alegre y risueña y nos burlaremos de V.

—Que Dios lo oiga, señor Jorge, me contestó. Al mismo tiempo se desvió unos pasos, pero no lo bastante para ocultarme una lágrima que corría por su mejilla y que secó furtivamente con el delantal.

—Felizmente hé aquí á mi marido, añadió mirando hacia fuera, y él podrá hacerle la acogida que tiene derecho á esperar cuando se viene á una partida de placer.

•••

Era efectivamente el gran Marcial, que avanzaba rápidamente y á medida que se acercaba, era evidente que el guarda debía encontrarse en una

disposición de espíritu diferente á la que acababa de confesar Elodia.

El humor de Marcial era de ordinario más serio que alegre, pero este día debía encontrarse bajo la influencia de una alegría tan exuberante, que le era imposible reprimir sus manifestaciones; al través de su espesa barba se veían sus labios crispados por la risa, y reía saludándome con su sombrero, y aún reía cuando al llegar á la puerta de la casa me alargó la mano para estrechar la mía.

—Así me gusta, me dijo, V. sí que cumple su palabra; temía que hubiese desistido por la nieve. Pero ¡bah! el viento cambia y tendremos buena noche. Buenos días, mujer, continuó dirigiéndose á Elodia, primero vén á que te abrace, después ocúpate de la cena, y prontito.

Dicho esto entró en la casa, colgó la escopeta y el morral y limpió un poco sus zapatos del barro que traían; pero conservando siempre en su fisonomía la alegría que me había chocado.

—Hay algo mejor que el augurio de la buena noche que espera, Marcial, le dije; y es esa alegría que no le es habitual; quiere decir que tendré mañana una pata de lobo como trofeo, cuando vuelva, ¿no es eso?

—¡Oh! no corra V. tanto, que arriesgaría el caerse; cierto que no me disgustará verlo tumbar su primer lobo, pero no es esa esperanza lo que me pone hoy de tan buen humor.

—Y bien, ¿qué hierba has pisado? le dijo Elodia vivamente, nunca te he visto la cara como la tienes hoy. Vamos, deja de reírte del señor y de mí.

—¡Ah! tú, es diferente; contestó haciendo inútiles esfuerzos por estar serio, tú no eres extraña á esta risa, es á Lucas á quien la debo, pero tú has sido el pretexto.

Al nombre de Lucas, que era un camarada de su marido, cuyo carácter envidioso y chismoso conocía demasiado, la frente de Elodia, ya bien recelosa, se cargó de nuevas nubes.

—¡Lucas! contestó con una sorda irritación; ¡y son las gracias de Lucas las que te han puesto tan risueño! Y bien, Marcial, no te pareces á mí, porque cuando yo veo á ese asqueroso reptil escupir sobre los que no puede morder, siempre he tenido más ganas de llorar que de reír.

—¡Oh! ya verás: figúrate, continuó Marcial, cediendo á un nuevo acceso de risa, que todo el tiempo no ha cesado de hablarme de tí. Según él, yo debía estar celoso, y como no lo estoy, es porque no te quiero ó porque soy un imbécil. ¡Eh! ¡yo celoso de tí! ¡Tunante Lucas!

—¿Y qué le has contestado? le dijo Elodia con voz breve.

—Que nunca había conocido el tormento de los celos y que esperaba morir sin saber qué era eso: que es cierto que mi mujer no la merezco, ella tan fresca y guapa y yo hecho un carcamal; que no faltaban en el pueblo mozos que valen más que yo; pero que siendo mi mujer más honrada que hermosa, sabría bien defenderse ella sola si la atacasen; y en fin, que sería tan mal hecho mezclarle yo en sus negocios como ella meterse en mis rondas y cortas de árboles.

—Y Lucas, repuso Elodia, no habrá dejado de indicarte por qué y de qué debías estar celoso.

—Sí, y es lo más divertido, ¡ah! ¡ah! yo creo tendré para reírme hasta el día del juicio. Estoy seguro no lo adivinas; así, no te canses en pensarlo, yo te ahorraré ese trabajo. Tú sabes que Juan Luis, el hijo del molinero de San Rafael, aquel diablo que cazaba de contrabando y que cuando lo cogí tuvo el tupé de decir que yo mentaba; pues bien, según Lucas, de él es de quien debo desconfiar. Parece que ha vuelto después de haber pasado un mes á la sombra, y que desde

que está en el país ronda la casa como un zorro al rededor de un gallinero. ¡Eh! ¿qué dices tú de esto?

Yo no ignoraba la aventura que Marcial había recordado: se trataba de uno de esos lazos que tienden para coger corzos, tan frecuentes en los grandes macizos de los bosques, que había metido cierto ruido en razón de los pocos años del héroe, de la posición desahogada de su familia, y sobre todo de la acusación de impostura que el joven había opuesto al proceso verbal; acusación que el guarda debía perdonar más difícilmente que el acto de contrabando. Yo conocía también á Juan Luis, á quien en razón á la similitud de vocación, había encontrado algunas veces en el monte.

Al oír pronunciar su nombre, no pude contener un movimiento de sorpresa; el hombre que yo había visto huir era precisamente este Juan Luis, de quien Lucas había contado sus maquinaciones amorosas. Una vez en este camino, mis recuerdos se acentuaban y confirmaban la identidad: Juan Luis era el que yo había visto y no ningún otro.

Miré á Elodia, que había perdido el color y estaba más blanca que su fichú.

Felizmente su turbación había escapado á su marido, que había cogido un tizon y encendía la pipa con el inmenso cuidado que las gentes del campo ponen en esta operación. Mientras lo hacía, algunos movimientos nerviosos lo hacían estremecer, demostrando que los cuentos de Lucas seguían pareciéndole graciosos. ¡Pobre Marcial!

Encendida la pipa, se sentó, y dijo á su mujer:

—Y María, ¿cómo está? Hacías bien de refirme por mi alegría; las tonterías de ese imbécil de Lucas han sido causa de que mi primer pensamiento al entrar aquí no haya sido para nuestra hija.

—Siempre lo mismo, respondió Elodia visiblemente conmovida por el acento con que el guarda había dicho aquellas palabras, y con los ojos húmedos y brillantes; el día no ha sido bueno, y la he hecho que quede en la cama.

Esta vez, la nueva modificación que había tenido la fisonomía de Elodia no había escapado á su marido.

—Vamos, dijo con una mezcla de dulzura é impaciencia, ya te veo preparada á llorarla; pronto estarás más mala que ella. Bien puede decirse de tí que todo lo ves con los ojos chicos. Si yo hubiera visto en su mal la menor apariencia seria, mi inquietud hubiera ido delante, pues no quiero menos á nuestra María que tú.

—¡Oh! tú nos lo pruebas todos los días, respondió Elodia con una emoción que en razón al orden de ideas en el que yo había entrado, no podía creer sincera; tú has sido tan bueno para la hija como para la madre, y es un deber nuestro evitarte cualquier disgusto.

El guarda se había levantado y abrazó á su mujer.

—Ta, ta, ta, no me deben ustedes nada, ni la una ni la otra, pues que con ustedes ha entrado en esta casa la alegría, todo lo que yo le pido á ella es, que esté buena; á tí, es que no te apures por poco, como una cierva que huele un lobo cerca de su casa. Vamos, voy á abrazar á nuestra hija.

—No; está durmiendo, dijo Elodia deteniéndolo.

—Si duerme, es preciso dejarla; no hay en ninguna botica medicina que valga eso. Ve a V., señor Jorge, hay gentes que se dejan sangrar, que toman una porción de bebidas tan perniciosas como feas; pues yo, cuando no me siento bien, lo que me sucede como á los demás, me acuesto, duermo diez horas y al día siguiente me encuentro curado.

¡Ah! los médicos se guardarán bien de dar esta receta á sus enfermos; mataría su comercio, y ellos prefieren mejor matar sus clientes.

Después de esta gracia grosera, se sentó dando carcajadas.

—Tú, mujer, continuó, danos de cenar y pronto; la luna sale á las nueve y es preciso que estemos en nuestros agujeros ántes que los aclare.

—¿Tenemos que andar mucho? le pregunté.

—No, cuando hayamos dicho á la sopa dos palabras, cuatro á la pierna de carnero que chirrea en el asador, y que echemos un buen trago de sidra, en un cuarto de hora llegaremos al sitio en que le preparo un acecho de primer orden. Tengo allí un soberbio cebo que cuece en su jugo hace tres semanas y embalsama el bosque desde media legua. Los tunantes ya lo saben, pues hace tres mañanas que veo las señales de sus patas en los alrededores. Estoy seguro que á la hora ésta se relamen pensando en el festín que piensan hacer á mi costa. Así, y para que nada falte, es preciso ocuparnos de la música, y si V. me cree, señor Jorge, mientras tenemos luz, vamos á templar nuestros violones.

—¡Oh! le respondí, tendiéndole mi escopeta, que estaba junto á la chimenea, yo la cargo á tientas; y he traído hoy la que á V. no le gusta.

Aquella escopeta, objeto de la repugnancia de mi amigo Marcial, era del sistema Lefauchaux, entónces en toda su novedad.

Traté de nuevo de hacerle amigo de esta invención y de legitimar la preferencia que yo le daba en aquella circunstancia, explicándole cómo siendo el cañon más estrecho que la cámara destinada á recibir el cartucho y que el mismo cartucho, el proyectil salía forzado y adquiría una seguridad de dirección que le falta á menudo en el de baqueta; pero fué inútil, y el guarda no se convenció esta vez tampoco.

—A su gusto, señor Jorge, me dijo; no quiero disgustarle de su mecánica, toda escopeta bien montada es buena: trate V. esta noche de acertar y me haré amigo de su arma. Pero la confianza no se manda, y yo no cambiaría por su alhaja esta vieja escopeta, con la que coloco una bala en la cabeza de una ardilla que juega en lo alto de una haya; no brilla, la madera está apolillada, pero ha hecho sus pruebas.

Al decir esto, se puso á cargarla con las infinitas precauciones que, como hemos visto, estaban en sus costumbres. Sopló en los cañones, se aseguró de que la pólvora había bajado á las chimeneas, lió sus balas en estopa untada con sebo, haciéndolas entrar con la baqueta; y después de haber colocado dos cápsulas escogidas con cuidado, dejó la escopeta junto á la mía, mientras yo le decía con la satisfacción de tomar una pequeña revancha de sus desdenes.

—Yo pondré un cartucho en cada cañon al salir.

Marcial no había podido terminar su trabajo sin tropezar con un par de zapatos de mujer, que se secaban al lado de la chimenea, y en lugar de dejarlos los examinó atentamente.

—¡Calla! dijo, ¿María ha salido hoy?

Elodia, que estaba sirviendo la sopa, no había observado el exámen que su marido había hecho de los zapatos.

—¿María? contestó, ¿cómo quieres que haya salido, cuando te he dicho que no se ha levantado? ¿Por qué me preguntas esto?

—Porque estos zapatos están con barro como si hubiera hecho alguna caminata, respondió Marcial con indiferencia.

Su mujer se volvió bruscamente y por segunda vez palideció.

—¡Los zapatos de María! contestó agriamente, yo soy quien se los ha puesto, porque uno de los míos estaba roto; están sucios porque he ido á buscar las bestias del campo y dado vueltas al rededor de la casa, donde hay barro como en los caminos. Mira, Marcial, sé franco, di que son los chismes de Lucas que te trabajan en la cabeza, y

me acusas por las infamias que te ha contado...

—¡Yo acusarte! No digas eso; yo sé lo que tú vales, así como lo que valen los enredos de Lucas; tú me dices que María no se ha levantado; esto basta y no pregunto más. Si he cedido á un movimiento de sorpresa, si te he interrogado, es porque este barro encarnado de que los zapatos están llenos hubiera jurado que sólo se encuentra en un sitio del país.

—¿Y dónde?

—En el camino que conduce al molino de San Rafael.

Marcial había dado su explicación con su sencillez ordinaria, y para quien conociera su franqueza y buena fe, era evidente que no había tratado de relacionar sus observaciones con las insinuaciones de Lucas; pero en el estado de efervescencia de Elodia no podía dejar de ver en ellas una alusión que puso fuego á la mecha, y estalló.

(Se continuará.)

EL MEJOR PEDESTAL DE LA HERMOSURA (1).

Buffon lo ha dicho, y persona tan competente como Cuvier lo ha confirmado: «El caballo es la más noble y más importante conquista del hombre.»

No sé si tendrían en cuenta los dos respetables sabios, al asentar su afirmación, que el hombre tiene que emprender en su accidentada vida conquistas tan difíciles como la del corazón de la mujer, y tan rudas como las de la posición y la fortuna; pero sea lo que quiera, es lo cierto que ellos lo afirmaron, que la práctica, esa maestra que da aún á los más entendidos sus lecciones, no lo desmiente; y que puede servir por lo tanto de irrecusable dato para probar la importancia del noble bruto que desempeña no muy secundario papel en la vida del hombre.

Apurado se hubiera visto el rey de la creación (así llama el amor propio al vasallo de las pasiones) para ejercer su soberanía si no hubiera contado con el poderoso auxilio del caballo.

A pié siempre, ó haciendo desairada figura sobre la giba de un camello, ó caminando perczosamente sobre el lomo anchuroso del poco esbelto elefante, ¿cómo hubiera salvado con celeridad las distancias, ejercido el comercio y cultivado los ramos diferentes de la agricultura en los primitivos tiempos en que el vapor se perdía ante la ignorancia del hombre, como la luz para el ciego y la armonía para el sordo?

Vivo, atrevido, fiero como el león, fuerte como el toro, á quien, según la poética descripción de los árabes, se asemeja en el ojo, las narices y la ranilla; listo como el ciervo, á quien iguala en lo airoso de la cabeza y en el brazo y pelo cortos; veloz y ágil como el gato; astuto como la zorra, de quien tiene la oreja, la cola y el trote; perspicaz como el lobo, dulce como el carnero, fiel como el perro, el caballo reúne condiciones de todos los animales en admirable armonía.

El fué el primer vehículo del comercio transportando de un lugar á otro las primeras mercancías, y él el agente más poderoso que en su desenvolvimiento tuvo la ciencia que busca en el seno de la tierra las primeras materias, la Agricultura.

Los héroes, esos primeros actores del drama de la vida, apenas se comprenden sino cabalgando sobre brioso corcel ó conducidos en ligero carro por poderoso tronco arrastrado.

En la paz y en la guerra, en los antiguos y en los modernos tiempos, el noble bruto aparece al lado del hombre desempeñando importante papel en la historia.

(1) Véase el grabado.

¿Cultiva en paz la tierra? le ayuda; ¿pelea? le conduce á la batalla; ¿es vencido? le proporciona rápida salvación en la fuga. ¿Qué hubiera sido de Alfonso en Aljubarrota sin el caballo del primer Duque de Osuna? ¿Cómo sin corcel se hubiera salvado Pelayo de la muerte en Guadalete, para emprender la epopeya de la Reconquista? ¡Bien sabía Ricardo de Inglaterra lo que se hacía cuando, en apurado trance, ofreció su reino por un caballo!

No hubiera muerto Teodoro peleando valerosamente contra Atila rey de los hunnos, si ántes traidor escudero no hubiera matado el corcel que su señor montaba. Por quedar desmontado Alarico en sangrienta batalla, pereció á manos de Clodoveo rey de Francia. A la ligereza de un caballo debió su salvación Suintila cuando fué destronado en 630 por su hermano Sisenando, que quería su trono y su vida. Y si indómito corcel arrojando de un bote á la majestad de Juan I de Castilla, que le montaba, puso fin en Alcalá de Henares, en 1630, á su vida y á sus once años de reinado, y otro corcel mató á Juan I de Aragón, no se han de tomar en desdoro del caballo estos regicidios, en los que, dicho sea con respeto, pudo también tener parte la torpeza del jinete.

No es despreciable el servicio del caballo para el vencido; pero ¿cómo entraría sin él dignamente el vencedor á gozar del triunfo en la ciudad conquistada?

César, Alejandro, Napoleon; figuráoslos á pié y los veréis despojados de gran parte de su grandeza.

Así es, que no es extraño que el caballo aparezca ensalzado en los sagrados textos del libro de Job, en los dulces cantos de las *Geórgicas* de Virgilio, en los inspirados versos de la *Farsalia* de Lucano, en el poema que dedicó á la Pintura el cordobés Pablo Céspedes, y casi en cuantos romances caballerescos se escribieron en castellano.

No he de molestar al lector con citas; pero no puedo resistir á la tentación de copiar la traducción elegante que D. Cayetano Fernández, el docto eclesiástico que reemplazó en la Academia Española al inolvidable Ventura de la Vega, hizo de los versículos del libro de Job que se refieren al caballo, y dicen así:

¿Sabes dar al caballo la pujanza,
Y que al relincho encoarve el ancho cuello,
Que salte cual langosta? Aterroriza
El resoplar de su fogoso aliento,
Hiere la tierra con robusto callo,
Encabritase audaz; corre al encuentro
De la enemiga hueste en la llanura.
No conoce el temor, no cede al hierro;
Óyese encima golpear la aljaba;
Siente el vibrar del asta y del acero.
Ni refrena el andar, ni aguarda, ansioso
De sorberse la tierra, el charin bélico.
Resuena al cabo y ¡puls! de lejos huele
La matanza, el rumor y el clamoreo.

Y no sólo los poetas; insignes escritores se han ocupado en muchas obras del caballo, y si reuniese cuanto del interesante animal se ha escrito desde Timon el ateniese, que si datos que parecen exactísimos no mienten, fué el primero que escribió, mucho ántes de la era cristiana, el primer tratado de equitación que se conoce, hasta los artículos de nuestros distinguidos colaboradores D. Alfredo Weil y D. Federico Huescar podría formarse con tratados de equitación no poca numerosa biblioteca; que ha tenido siempre más encomiadores el caballo, que amigos un poderoso y adoradores una mujer hermosa.

Prescindiendo de antecedentes históricos, sin fijarnos en el caballo de bronce descubierto en las ruinas del templo de Elensis, caballo enjaezado con todo lo indispensable para la equitación; sin traer á la memoria los recuerdos de la Edad de

los torneos y de las cacerías, concretándose á la edad presente, se puede comprender la gran importancia del caballo.

La civilización, con sus ventajas materiales, roba muchos misteriosos encantos á la poesía. Es como la luz radiante que disipa las dulces melancólicas tintas del crepúsculo; como la edad que ahuyenta con las tristes, pero incontestables verdades de los años, los encantadores, aunque mentirosos, sueños de la adolescencia.

Pues bien, la civilización ha proscrito la brillante cota milanese y el acerado casco de erguido penacho, que guió poderosa mesnada á la pelea; la bien templada espada de Toledo, en cuyos gavilanes

se enredará más de una vez el manto de una hermosa, y en cuya hoja aún se notan negras ruanchas que dejó la sangre, sólo como histórico recuerdo ó como caprichoso adorno se conserva hoy ociosa en la panoplia. De aquellos tiempos romancescos del torneo nada apenas queda: pero en medio de las soberbias máquinas, de los portentosos adelantos, todavía sostiene su importancia el caballo, objeto hoy de tan preferente cuidado como en todos los tiempos.

Cierto es que no sirven ya de medio de locomoción, como no sea en apartada aldea donde el atraso perpetúe los primitivos tiempos. Ya el comercio no necesita de él para trasportar sus mer-

cancías, ni la Agricultura tiene precisión absoluta de sus servicios. No desempeña, es indudable, importante papel en la guerra, ni le enjaeza el galán para que le auxilie en el rapto de su amada. Ya el aventurero no cabalga sobre él para marchar en busca de fortuna; pero en cambio constituye uno de los ramos más importantes del *sport*, tan atendido en las naciones que saben desarrollar sus intereses materiales, para hacerle base de su bienestar y de su abundancia.

Caballo hay hoy que gana más sueldo que un ministro.

La caballeriza es la dependencia más indispensable en la mansión de un poderoso. La fortuna



LA SEÑORA DUQUESA DE HUÉSCAR.

se manifiesta, más que nada, en magníficos y suntuosos trenes, y el caballo de silla y el caballo de tiro tienen gran importancia en nuestros mercados.

¿Qué ambición no se funda hoy, en nuestras grandes capitales sobre todo, en el deseo de tener coche propio? Cálculos de la Bolsa; combinaciones del político, esfuerzos del artista y del sabio, todos van, más ó menos directamente, encaminados á cumplir ese ideal que realiza los sueños de comodidad, de ostentación y de lujo que tanto seducen al hombre.

En cuanto á la mujer... pero hé aquí que llegamos al preferente objeto de este artículo.

Eu la mujer es gracia todo lo que en el hombre es fuerza; domina en la una el sentimiento de lo bello y de lo agradable, tanto como en el otro lo de lo conveniente y lo útil.

Buscó él en el seno de la tierra los metales para forjar armas y construir herramientas, y ella los utilizó para darles artísticas formas de alhajas que

adornasen su persona. Prefiere el uno el fruto de la planta que proporciona ganancia, y elige la otra la flor con que se engalana.

Cuanto la naturaleza cria y la industria perfecciona, el hombre lo hace objeto de su ganancia y la mujer de su regalo.

Esto es lo que ha sucedido con el caballo. Para el hombre fué desde luego el auxiliar de sus faenas; para la mujer admirable pedestal donde lucir su hermosura.

Piérdese, como otras muchas cosas importantes, en esa noche de los tiempos, manto profundo para los eruditos sin recursos, la época en que por primera vez apareció la mujer cabalgando. Pero la fábula de las Amazonas africanas y asiáticas, los bajos relieves del pedestal del caballo de bronce ántes citado, y muchos datos más, podían proporcionarnos abundantes citas para probar la antigüedad de la equitación femenil.

Y es lo cierto, que no se equivocó la mujer cuando buscó en el caballo un medio de lucirse; y bien sabían las princesas de la Edad Media lo que se

hacían, cuando preferían para presentarse en público en grandes solemnidades la blanca hacanea, á la pesada carroza ó á la dorada litera.

Una preciosa miniatura que ilustra las célebres crónicas de Froissart, que se conservan en la Biblioteca nacional de París, representa la llegada á aquella ciudad de Isabel de Baviera que iba á celebrar sus bodas con Carlos VI. La reina, vestida con rica amazona de terciopelo encarnado, guarnecida de pieles, monta sobre blanco caballo enjaezado con gualdrapa azul bordada con lises de oro, y la sigue numerosa escolta de damas brillantemente vestidas y cabalgando también sobre corceles cubiertos de galas.

Tablas antiguas representan otra brillante cabalgata de damas; la que presidió aquella desventurada doña Blanca de Borbon cuando en mal hora vino á entregar su mano al amante de doña María de Padilla.

En blanca hacanea siguió Isabel I la campaña de la conquista de Granada.

Muchos retratos de princesa cabalgando, enri-

quecen nuestros museos. El pincel admirable de Velazquez retrató en muchas ocasiones á las lánguidas mujeres de la casa de Austria montadas en gallardos corceles, á los que casi materialmente cubrían con sus amplias ropas. Pero dejemos estas digresiones y concretémonos á nuestro objeto, para lo cual nada mejor que fijarse en el grabado á que acompañan estas líneas.

Bella y aristocrática dama, de cuya simpática hermosura no dan ni remota idea imperfecciones del dibujo, luce su airoso talle y distinguida figura cabalgando esbelta sobre noble corcel, que orgulloso de su elegante y ligera carga va, como el caballo del romance morisco,

Tan grave, airoso y hueco
Que con ambas manos mide
Lo que hay de la cincha al suelo.

No puede darse conjunto más gracioso, y está por completo justificada la predilección de la mujer elegante por la equitación.

Quizá estará más espléndidamente hermosa cuando en brillante fiesta se presenta envuelta en sedas y encajes y engalanada con costosas joyas, pero no luce tanto como en el caballo su gracia y gentileza. En cuanto una mujer monta á caballo, la natural timidez propia de su sexo desaparece; sus mejillas se animan con encendido color, sus ojos brillan con entusiasmo, y se entrega alegre y bulliciosa á los movimientos del inteligente animal que sus delicadas manos dirigen.

Nada más hermoso que cuando se la ve emprender animada carrera, en la que suele ser más intrépida que el hombre.

Si no fuera ya tan largo este artículo, abriría aquí una nueva digresión para hablar del valor de la mujer. Porque, ¿quién puede negar las condiciones de esforzada y valerosa á la más bella mitad del género humano?

Cierto es que temblará á vista de un peligro, que no arrostrará intrépida las dificultades, y que sólo contemplar la sangre la estremece; pero una vez lanzada, nadie más intrépido que ella.

El fanatismo religioso y político, los trasportes del amor, todo es más vehemente en la mujer. Por eso la carrera del caballo la atrae y la fascina.

¿Qué admirablemente ha descrito Walter Scott los recreos de la amazona al describir á muchas de las heroínas de sus novelas?

Cuando ante nuestros ojos pasa corriendo una amazona, nos deslumbra como la ilusión que brilla un momento para dejar luego la tristeza del recuerdo.

La mujer á caballo inspira algo alegre y sonriente como una alborada, como las notas de la música francesa, como los átomos de oro del jerez que brillan al través del cristal de una copa, como la sonrisa de unos labios que acarician, ó como la mirada de unos ojos que prometen.

Los salvajes de América creían seres sobrenaturales á los jinetes que fueron en las expediciones de Hernán Cortés y Pizarro. ¿Qué hubieran creído al ver á una mujer en la plenitud de su gracia y de su belleza haciendo caracollear á un corcel?

¿Quién ignora que este ejercicio está muy generalizado en Europa, y especialmente en Inglaterra, donde constituye uno de los atractivos de la vida del campo, que en aquella nación emprenden las clases acomodadas una gran parte del año?

Las amazonas son uno de los encantos del Bois de Boulogne y de Hayd-Park, centros donde se lucen la ostentación y la riqueza.

De Inglaterra y Alemania vienen grabados que representan apuestas amazonas. Son mejores indudablemente en su parte material que el que publicamos en este número; pero lo apostamos con

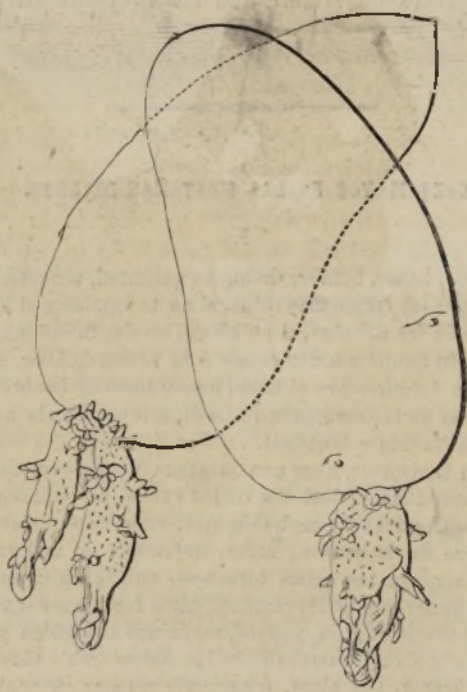
la seguridad de ganar. Es incomparablemente mejor nuestro modelo.

Madrid, Enero del 79.

J. G. ABASCAL.

LAS PATATAS TEMPRANAS.

EL CAMPO reproducía en su último número un artículo del *Journal des Débats*, de París, en que M. F. H. Johannet exponía el grado de adelanto agrícola á que ha llegado la pequeña isla de Jersey, donde el colono, ó más bien el *gentleman farmer*, porque allí todos los labradores son personas de gran ilustración, de esmerada educación y del más fino trato, tiene que pagar por hectárea de tierra un alquiler que se eleva hasta seiscientas pesetas y baja raramente de trescientas. Como lo decía muy bien el articulista francés, aquella gran prosperidad se debe en gran parte á la admirable raza de vacas de leche que pueblan sus campos y



dan de 180 á 200 kilos de manteca por año, la cual se exporta y se vende en Londres al precio medio de tres y media pesetas. Pero existe también en aquella afortunada isla otra gran rama de producción que contribuye no poco á ese resultado, y de que debemos ocuparnos, porque es posible implantarla desde luego, en este mismo año, en muchas de nuestras provincias; nos referimos al cultivo de la patata temprana.

Ya hemos dicho en EL CAMPO de 1.º de Setiembre del año último pasado, que Jersey, que sólo posee 12.000 hectáreas de tierras de labor y prados, y 62.000 habitantes, exporta anualmente á Londres veinte mil toneladas de patatas tempranas por un valor de seis millones de pesetas. Este comercio se elevaba, solamente en 1868, á 9.000 toneladas por un valor de 1.500.000 pesetas; de manera que la cantidad ha duplicado y su importe cuadruplicado en el período de diez años. Mr. Lecornu, en su informe á la Real Sociedad de Agricultura de Inglaterra, afirma que un especulador había comprado uno de estos últimos años la cosecha del precioso tubérculo á varios labradores, á razón de 6.000 pesetas la hectárea, siendo de su cuenta los gastos de recolección y embarque.

Pero prescindiendo de estos casos excepcionales, si repartimos los seis millones que da la exportación de ese producto sobre las doce mil hectáreas de tierras de labor y prados de la isla, vemos que corresponde á cada una 500 pesetas, suma bien seguramente superior al alquiler medio de la tierra. Por consiguiente, estamos autorizados á decir

que la prosperidad de Jersey se debe, ántes que á sus vacas de leche y á otros adelantos agrícolas, al cultivo de la patata temprana. Sin esta especialidad el *gentleman farmer* de aquella isla no podría pagar una renta de 600 francos por hectárea al dueño de la tierra. Y en efecto en Normandía y Bretaña, situadas en frente, sobre el continente, donde las tierras y pastos son superiores á las de Jersey y las vacas de leche no inferiores, pero cuyo clima no permite cultivar la patata temprana, el alquiler no pasa de 300 francos la hectárea.

Por lo demás, muchas otras comarcas de Francia, de Italia, de Argelia, de Grecia, y hasta de Oriente, envían inmensas cantidades de patatas tempranas á Inglaterra, sin que el consumo parezca tener otro límite que el de la producción, puesto que los precios van subiendo.

Cavaillon, pueblo del departamento francés del Vaucluse, envió á Londres el año pasado más de mil toneladas.

Hay una causa poderosa para que las patatas tempranas estén siempre más buscadas, no solamente en Inglaterra, sino en Francia y en todos los países del Norte donde se sabe comer. La enfermedad que ataca la planta desde hace cuarenta años castiga principalmente las variedades tardías que prolongan su vegetación hasta Octubre, y cuyos tubérculos, estando sanos, se conservan de excelente calidad hasta muy entrada la primavera. Poco á poco se abandonó su cultivo y se prefirió las razas que maduran más pronto, y escapan más fácilmente al azote; pero la calidad de éstas dejan mucho que desear en cuanto llegan Abril y Mayo. De ahí la demanda de patatas nuevas y su alto precio.

Nosotros creemos que este tubérculo llegaría á exportarse por un valor bien superior al de la naranja el día que se cultivara con inteligencia en la Península, porque es un artículo de primera necesidad, y que la era en que puede producirse es infinitamente mayor que la del naranjo. No sólo todo el litoral del Mediterráneo, Murcia y Andalucía, sino también muchas comarcas del interior, como las riberas del Guadiana, del Tajo y del Ebro, pueden enviar patatas á Londres y París ántes que Jersey. No hace mucho tiempo que admirábamos, cerca de Tudela, magníficos terrenos muy propios para implantar este cultivo.

Pero no basta tener un clima favorable y tierras excelentes; es preciso adquirir primero las variedades de patatas conocidas y aceptadas en aquellos mercados. Las que poseemos en España, buenas ó malas, se venderían mal allí; además, son relativamente tardías: plantadas en el mismo día, en la misma tierra y vegetando bajo las mismas condiciones climatológicas, maduran después de las variedades á que aludimos, y algunas semanas y aun algunos días de retraso influyen mucho sobre el precio. La variedad más temprana se llama *Marjolin*; la siguen inmediatamente, por orden de precocidad, la *Royal ash-leaved Kidney*, la *Marjolin Tétard*, la *Eureka*, la *à feuille d'ortie*, la *Kidney rouge hative*, la *Bresée's prolifio*, la *quarantaine de La Halle*, etc. Hasta ahora no hemos podido saber exactamente qué variedad se cultivaba en Jersey para la primera temporada; pero para evitar toda equivocación, hemos pedido siemiente de la misma isla. Además, como la cuestión es de gran importancia, vamos á recibir de varias localidades más de 250 variedades que cultivaremos comparativamente. Ya hubiéramos empezado estos estudios el año último pasado, si un decreto no hubiera prohibido la entrada en España de toda planta viva por temor á la filoxera, decreto que acaba de modificarse con respecto á las patatas.

La *Marjolin* es poco productiva, por cuyo motivo se planta únicamente en los sitios muy abri-

gados para la primera temporada; después deben preferirse las que siguen.

Ahora vamos á exponer los medios de que se valen los labradores de Jersey *para ganar días*. Al recoger los tubérculos, separan en seguida los que son destinados á la plantación del año siguiente, colocándolos en cestas llanas, la cabeza ó el tallo arriba, como figura el dibujo que acompaña: no ponen nunca dos capas, una encima de otra; llevan después sus cestas á un local, á la vez abrigado contra el calor y el frío, y expuesto á la luz del día. No tardan mucho en salir los brotes, que deben conservarse con mucho cuidado en las diferentes manipulaciones que sufrirán hasta la plantación definitiva del tubérculo; estos brotes hacen ganar quince ó veinte días.

El terreno se prepara con gran esmero, abonándose con estiércol bien pasado de establo ó cuadra, basuras de las calles de la ciudad ó productos químicos. La época de la plantación varía naturalmente con los lugares; no puede haber regla fija; pero conviene no retrasar la operación, puesto que se quiere ganar días.

Llegado el día elegido se abre un surco poco profundo y se colocan en el mismo las patatas con los brotes después de haberse cortado la extremidad opuesta; en seguida se cubren de tierra con la mano ó con un pequeño trasplantador. A cada tubérculo se le echa un puño de una mezcla compuesta por mitad de guano del Perú y de cloruro de potasio; otros echan como unos diez gramos de nitrato de potasa, que es más soluble y contiene el ázoe y la potasa necesarios. Ambos abonos dan excelentes resultados, sobre todo en los terrenos calizos regularmente provistos de fosfato de cal; en los arcillosos silíceos ó silíceos arcillosos, que carecen generalmente de este elemento, se debe introducirlo bajo la forma de superfosfato de cal ó de fosfoguanano, que contiene 15 ó 16 por 100 de ácido fosfórico. Los labradores que no conocen el manejo de los abonos químicos, harán bien en consultar una persona competente; esta pequeña cantidad de abonos que se echa cerca de los tubérculos activa extraordinariamente la vegetación y aumenta la cantidad en una proporción considerable, si su composición reúne los elementos necesarios. Después se vuelve el arado y se cubren los tubérculos con unos ocho ó diez centímetros de tierra *no más*; pero más tarde se aporcan varias veces.

En las comarcas donde se temen los hielos, se suelen extender los estiércoles sobre el terreno después de la plantación. Se volatiliza seguramente una parte del amoníaco, pero la planta se halla suficientemente protegida; y como el suelo se enfría menos, los nuevos tubérculos se forman con alguna anticipación.

Las patatas tempranas echan por lo general menos tallos que las más tardías y se plantan por lo tanto más cerca. La *Marjolin* se halla particularmente en este caso; así es que la distancia de un pie en todo sentido basta. La hemos visto sembrar en líneas distantes de 15 pulgadas, y los tubérculos á ocho en las líneas. Las otras variedades necesitan más espacio, pero nunca tanto como las clases comunes.

Todo esto puede parecer minucioso á nuestros labradores y hortelanos; pero con estos cuidados, los cultivadores de Jersey y de otros puntos llegan á vender sus primeras patatas á razón de una peseta y 25 céntimos el kilo, y á obtener por hectárea de las segundas 25.000 á 30.000 kilos, que todavía valen 25 y 30 céntimos de pesetas. Antes de la enfermedad obtenían 40.000, 50.000 y hasta 60.000 kilos por hectárea. Nadie puede esperar obtener un producto de 4.000 á 6.000 pesetas en una hectárea desde Enero á Abril ó Mayo con los procedimientos que se emplean para la algarroba.

Por lo demás, el terreno queda admirablemente preparado para varias cosechas en el mismo año. Las coles y coliflores, las judías, los tomates, los pimientos, los maíces y multitud de plantas económicas dan en seguida fabulosos resultados. Las patatas no se llevan todos los elementos que contienen los abonos.

De lo que antecede se comprende la importancia de preparar un año ántes la simiente. De la patata *Marjolin* se encuentran en el comercio cestas de cinco kilos ya germinada; esto es, con sus brotes, que valen en París cinco francos y que costarán en Madrid 6,25, viniendo por pequeña velocidad, mientras que, en saco y sin brotes, valen en París cincuenta francos los 100 kilos ó sea la mitad. Las demás no se expenden con brotes. De manera que en realidad el primer año el resultado no puede ser tan satisfactorio como lo será en los siguientes. Pero creemos que los hortelanos y labradores que poseen terrenos abrigados á propósito deben preparar, por lo menos, para el año próximo venidero la simiente de la manera que tenemos dicho. La venta es segura á buen precio, cualquiera que sea la cantidad producida.

ESTANISLAO MALINGRE.

CAZA MAYOR EN LAS MONTAÑAS DE LEÓN.

I.

Si eres, lector, hombre de buena voluntad, si no te arredra trepar las empinadas rocas, si no te amolina el humo picante de las cabañas, si no altera, en fin, tu estómago y tu afinado temperamento comer á la buena de Dios, beber aloque y dormir sobre el heno, penetremos en los broncos cazaderos de las montañas de León, allí por donde avellan con Galicia y Portugal.

Es en Diciembre, hace una quincena que espesas nieblas envuelven á las poblaciones de los valles, privándolos del blando calor del sol; sus habitantes, unos no se atreven á separarse de la lumbre, otros, dejándola de mal grado, cruzan deprisa las calles tortuosas, celadas por anchos aleros, inmergiendo brevemente entre los húmedos vapores su encogida figura, y otros, no menos encogidos, y con mustio semblante, marchan con las manos archivadas bajo sendos brazos, descalzos, ó haciendo resonar sobre el pavimento sus ferrados zuecos, aguijoneados por la imperiosa necesidad del ineludible pan de cada día, duro y escaso, á no dudar.

Los valles yacen en melancólico silencio; la niebla, en que el sol mira embotarse sus rayos, parece embotar también los rumores de la naturaleza; el arroyo corre mudo entre sus márgenes heladas, y el triste martilleo del monótono pjar de los pajarillos es el único ruido que turba el silencio de aquel triste sueño. Algun zorzal buscavidas se aventura á explorar la espesura de los zarzales de un vallado; las volubles y coquetas mariposas de las nieves saltan de piedra en piedra, y sobre el pulido cuarzo se columpian con dengosa mohinería, como sintiendo más disimulada satisfacción al contemplarse en las cristalinas aguas; entre tanto, bandadas de gorriones, dando tregua á sus rapifías, hundiéndose la cabeza entre su pluma, posados en las ramas de aquellos árboles, que visten de afilados cristales las heladas de cada noche en ellas acumuladas, recuerdan estos osados merodeadores un corrillo de dudosos caballeros, afrontando con una mala bufanda el cierzo del Guadarrama.

Con un poco de voluntad puede uno creerse bajo el dominio de una fantasía polar, grata de ver por los embazados cristales de una confortable habitación, cómodamente arrellanado en muelle asiento, frente á frente de una alegre chimenea de leña y rodeado de todo aquello que el lector juzgue que convendría rodearse para hacer breves las horas, que es el objetivo aparente de la anhelante vida; pero como esto no es para todos ni para todos los días, sacudamos la enervadora pereza y vamos en busca de ese sol que nos vela la niebla.

No hemos empezado ofreciendo una pomposa batida; esto podría hacer formar ambiguo concepto de la sociedad en que vamos á encontrarnos; preciso será, pues, decir algo de ella. Son nuestros cazadores hombres de hábitos cultos, como al señorío de una villa adecuados: viven en el castaño, leen su periódico y novelas, hasta de Dumas (padre); los días festivos, no lluviosos, pasean entre dos correctas hileras de álamos, por darse el placer de eclipsar á sus convecinos con infaustas interpretaciones de la moda:

bailan á la usanza los días de cajón; los que son padres llevan á sus hijas, y los que son hijos bailan con éstas, y todos, á pesar de que se conocen desde que han nacido, toman aquella noche un aire prestado con que ensayan las buenas formas de la etiqueta. Ya vemos, pues, que no son espíritus refractarios que se empeñan en no seguir las corrientes civilizadoras de la sociedad en que vegetan, y que, por lo tanto, no nos será violenta su compañía.

Trepemos, pues, figuradamente hablando, unas cuantas casi de 90°; hay camino de carreta, tallado en la roca casi siempre, y veredas ó atajos de dudosa ventaja; pero unos y otros allanan el paso tan poco á los peatones, que los diez ó doce que forman la expedición, prefieren desbaratarse á la ventura y subir á monte traviesa. Los ferrados zapatos son la garantía sin la cual hubieran de tocar el suelo á menudo, sin que les quedara el recurso de disimular su caída, diciendo, como el conquistador de la historia: *«hemos tomado posesión de esta tierra»*; las polainas de paño pardo les defienden del arisco tojo, y el resto del traje, cómodo y natural, sienta á nuestros cazadores mucho mejor que su traje dominguero, lo cual están ellos muy lejos de creer así. Un frío estimulante les hace llevaderas las fatigas de la ascensión, y el deseo de ver el sol acorta su camino; muy pronto la niebla que los envuelve comienza á parecer cada vez menos densa, hasta que se convierte en una penumbra crepuscular; es que van á remontar las nubes, dejando los densos vapores á sus pies. Desde la cima de aquella montaña ven como una vasta sábana de blanquecina niebla convierte en una inmensa llanura el quebrado país, y allí la cresta de una montaña, y más allá la plata, forma almenada de un ruinoso castillo feudal, surgiendo aislados de entre las vaporosas masas, les recuerdan los solitarios peñascos y la avanzada fortaleza de un pacífico mar. Presa del sublime espectáculo, calentados por el primer rayo de sol, olvidan por un momento el principal objeto que allí los llevara, para contemplar el caprichoso panorama fraguado por los vapores terrestres que tenían privados á tantos de los beneficios del calor y de la luz.

II.

Puesto que hemos dado al fin con el sol y tendremos, más tranquilidad física para entrar en pormenores, empezamos por decir que se llama allí ir á *caza mayor*, lo que en otras provincias se llama *monterías*; que estas partidas pueden ser de un solo día, si el *cazadero* está inmediato, ó pueden durar varios, si la *expedición* es más en grande y tiene por objeto pasar unos días de solaz al par que matar corzos y jabalíes. Entónces, reunidos una docena de cazadores, llevando á lomo de dos ó tres machos las provisiones que han de servir de base á la comida, que con ellas y con lo que por los pequeños lugares de aquellas montañas encuentran ha de condimentarse, emprenden una jornada en la que la afición y el buen humor han de compensar las molestias que sin estas dos condiciones experimentarían.

La caza suele ser mixta, por motivo de organización dedicándose á perdices unos días y á monteros otros, y aunque no es frecuente, se da el caso de que algun aficionado á pescar las sabrosas truchas de aquellos pedregosos ríos se una á los expedicionarios; singular maridaje de la actividad y la paciencia. Hemos dicho que las cacerías tenían que ser mixtas, y explicaremos por qué. Los monteadores son los vecinos de dos ó tres *concejos* que no pueden distraer más de un par de días á sus faenas, y que, previo acuerdo, acuden por el único estipendio de la parte de carne que pueda corresponderles. Si entre ellos hay alguno que posea escopeta, que será á lo más sombra de tal, entra por este solo motivo en la categoría de tirador. Los referidos monteadores aportan media docena de mastines, ordinarios guardianes de los ganados, convertidos en tales ocasiones, al tenor de sus años, en monteadores.

Antes de pasar adelante, hablaremos un poco de la caza de la perdiz, que no ofrece más singularidades que lo dificultoso del terreno en que se verifica, y lo salvaje del ave montañesa cuyo áspero voleteo se deja cir netamente al cruzar las calladas cuencas de las montañas. Los cazadores se reparten en laderas apareadas, á fin de echarse mutuamente los bandos de perdices y no tener que fatigarse demasiado descendiendo y remontando continuamente en su persecución: con un pie en el aire y otro en la nudosa raíz de los brezos, que con la retama, el tomillo, el cantueso y otras vegetaciones indígenas forman un espeso monte bajo, es como pueden matar media docena de perdices por escopeta, que más fueran si lo quebrado del terreno no hiciese difícil la persecución, aun con un bien educado perdiguero. En tan quebrados lugares no tiene la perdiz en el hombre muy asiduo perseguidor: la caza con reclamo es completamente desconocida, y la de lazo ó trampa, que algun montañés intenta, es ahogada por la preponderancia de las escopetas, que las combaten destruyendo los artificios, considerados por ellos como viles; el bajo precio que en los mercados del contorno alcanzan, es, después de todo,

la causa principal de que sean poco perseguidas fuera del radio de las poblaciones.

III.

Después de invertir la mayor parte del día en un camino áspero y accidentado, cazando al paso algunas perdices, un crepúsculo anticipado aconseja comenzar á descender para pernoctar en Burbia, aldea no de las más miserables de aquellas montañas, pero sí de las más alejadas del trato, que el mercado semanal establece generalmente entre ellas y la cabeza de partido. Situada á orilla del río de su nombre, tributario del Sil, que á su vez lo es del Miño, goza crédito de los más puros aires de aquellos contornos y de las más sabrosas truchas del Burbia; pero ni las unas ni las otras redundan en ventaja de sus naturales, que atacados del cretinismo, viven condenados á soportar por vida, pendiente de su cuello, el monstruoso dogal de sus enormes bocios.

¿Quién sabe si éstos serán los hijos degenerados de primitivas razas! ¿Quién si este olvidado lugar fué un día escondido asilo del independiente ibero; templos sus boques, y sus riscos dioses del selvático celta: guarida inexpugnable de la fiera del suevo belicoso, hasta que bajo el poder de la avalancha goda fué y existió para ser un día lugar de una batalla. Era el año 791; la guerra santa había sido proclamada en los pulpitos musulmanes; fuertes ejércitos corrían diferentes comarcas: Abdel Wahid, con cerca de cuarenta mil hombres, talaba y destruía el país; cargado de botín y embarazado de cautivos, encontrábase parte de su ejército en Burbia con fuerzas del Rey de Asturias, Alfonso el Segundo.

El cuerno bélico de las luestes godas y el salvaje *lelili* del musulmán turbaron entonces aquellas bondas soledades, y las sonoras repercusiones del eco, centuplicando el estruendo y griterío, ahogaron el acompasado y manso murmurar de aquel río, cuyas espumas juguetonas corren hoy tan pomposas y alegres como si jamás la hirviente sangre de las víctimas hubiera manchado su cambiante espuma.

El férreo capacete godo y el flotante almaizar mazlime se vieron destacar frente á frente sobre la cima de aquellas áridas montañas; las oleadas invasoras del oriente, conducidas por la invisible mano de la Providencia por distintos caminos, llegaban á chocarse allí después de larga é impetuosa carrera.

Olvidando un instante que íbamos de caza, quizás nos hemos dejado llevar de extrañas consideraciones: seamos, pues, como ese río Burbia, que indiferente sigue murmurando, y prosigamos.

No pernoctaremos en casa del buen cura, personaje medio bíblico, medio socarrón, que morigerado y calmoso se ha dado por norma alargar la vida, y cuya manera de ser nos retrolleva dos siglos más atrás; gusta de interminables sobremesas, especialmente insoportables para cazadores, y esto nos hace renunciar á su hospitalidad. El pueblo no es, relativamente, tan pobre que no se pueda encontrar un ancho fogón rodeado de escaños y un vasto emplazamiento para una docena de gavillas de la aromática hierba seca de aquellas praderías, que puedan servir de lecho, sobrado cómodo para los que han hecho una difícil jornada y esperan levantarse con el alba.

La del alba, pues, sería cuando hubieron de emprender la ascension de las difíciles asperezas que ya conocemos, en persecucion de los corzos y jabalíes, la caza que en el país abunda. Alguna vez suele tropezarse incidentalmente con algún oso que de las montañas de Asturias desciende extraviado ó empujado por el rigor de la estación, pero esto no es frecuente. Antaño éstos eran allí indígenas; á los colmenares, que generalmente se establecen inmediatos á los pueblos, se conservan la costumbre de cercarlos en redondo con unos paredones de piedra seca, que no han tenido otro objeto que librarlos de la golosinería de los osos, los que, como es sabido, gustan de la miel, y que para comérsela impunemente, hacen rodar primero las colmenas al río, en que ahogan á sus industrioses cnanto temibles locatarios. El lobo y el gato montés suelen terciar á veces en la cacería, que se lleva á cabo lo más empíricamente posible, obediendo á una intuición habitual más bien que á un plan preconcebido; la salvaje ignorancia en que viven las reses hace en parte innecesarias las reglas del arte.

Los monteadores, armados de hoces, hacen el ojo ayudados por los mastines de ganado, que ya dijimos, y el bronco acento de aquellos montañeses, alternando con el eco vibrante de los cuernos de caza, repercuten su algarrada, que ahoga todo otro rumor, si el más profundo silencio no reinase en tan abruptos parajes.

Hay algo latente en el ejercicio de la caza, que aun sin la pompa de un brillante atavío, enardece el ánimo, que en ella encuentra algo de su grandeza originaria al encontrarse de nuevo libre por un momento en medio de la na-

turalidad salvaje; el silencio que reina en ella le hace creerse dueño absoluto, y el eco lejano de los monteadores es como la voz de alerta que le percibe á la lucha con los que le disputan su soberanía.

El sol ha rasgado al fin la niebla, su vivificante lumbreregoceja á los cazadores, que ocultos en los puestos, no desdennan los rayos que á traves de las matas en que se ocultan llegan hasta ellos; algun pájaro errante cruza el cielo despejado y azul; parece una mariposa, tan voluble y rápido es su alegre vuelo tantos días contenido. Enérgicos contrastes de luz y sombra hieren la vista; mientras la vertiente de una montaña se alza sombría humedecida por la helada de la noche, la opuesta bañada en luz ostenta las galas salvajes de su anfractuosa pendiente, y sobre éstas el desnudo soto alfombrado de las pardas hojas que fueron su pompa, destaca sus viejos y ahuecados troncos: las irregulares facetas de caprichosos peñascales, contrastadas por la hoz, hacen alarde de su haraposo traje de liquen en medio del aterciopelado manto de la lujuriosa verdura de los prados; las pequeñas cascadas que bajaban á regarlos, sorprendidas en su descenso bullidor, brillan también heridas por un sol que no alcanza á destrenzar sus graciosas ondas. Tales son los caracteres más enérgicos de aquellas solitarias cuencas en que la detonacion de las armas de caza turba de cuando en cuando el magnífico silencio, abatiendo al corzo saltador y al arisco jabalí que han de proporcionar á aquellos montañeses la única ocasion del año para comer carne fresca: en cuanto á la cerdosa cabeza de este último, no es objeto de muy singular preferencia por parte de ellos, y ninguno muestra el menor indicio de vanidad al verla inscrita en el *menu* de su... íbamos á decir mesa, pero recordamos que no usaban este para ellos inútil mueble.

IV.

Nuestra cacería se ha prolongado; íbamos ya á terminarla en retirada matando algunas perdices, pero el sol no es muy consecuente por aquel país, y una lluvia tenaz detiene á los cazadores, no en un lugar de cien vecinos como Burbia, sino en un misero cabañal sólo conocido del fisco, y tan pobre que difícilmente se encontrará una libra de pan de centeno sino en casa del cura; miserable desde la pila, se llamó Porquerizas.

No renuncian á la esperanza de continuar; pero una lluvia tan consecuente como inconsecuente el sol, se obstina en alargar la expedicion un día más sobre los que ya se había prolongado.

Los picudos techos de paja de atrevidos declives destilan continuados hilos de agua por sus avanzados aleros, y bajo ellos los cazadores, con semblantes mohinos, recostados contra los paredones de canto rodado y rojo barro, con las manos en los bolsillos y cruzadas las piernas en difíciles rumbos, clavan la vista con distraída fijeza en la correcta fila de pequeños pozancos que traza el móvil fleaje de cristal de las goteras de las pajizas techumbres. No es tan monótona distraccion espectáculo digno de ser prolongado cuando viene á contrariar preconcebidos planes, y así, dejando á las goteras romperse en espumosas pompas, lavando y removiendo las piedrecillas en que chocan al caer, debieron resignarse por fin á tomar la situacion tal cual se presentaba, al convencerse de que el cielo estaba muy lejos de rasgar su cenicienta vestidura.

A ser feliz en este mundo, es una de las cosas que para conseguirlas basta un firme propósito, y nuestros cazadores lo tienen muy decidido, y ni sus escasas provisiones, ni la imposibilidad de reponerlas, ni la monotonía de las horas de inaccion, pudieron agiar su humor una vez resueltos á permanecer allí aquel día.

En el fondo de aquellos negros promontorios, y con un cielo encapotado, llegó al fin la noche prematura antes de que el sol negase geométricamente su luz en aquellas latitudes. Bajo el rústico y alumado techo de la cabaña en que debían pernoctar, congregáronse los cazadores en torno del ancho hogar cargados de verde leña de roble, cuya punzante humareda, privada del cauce natural de una chimenea, inundaba la estancia, mortificando á los poco familiarizados con un picante lagrimeo, mientras era atmósfera vital para los habituados.

El tambor lleno de sabrosas castañas daba vueltas sobre la lumbrera á impulso de la callosa mano de un montañés, y la blanca pulpa hinchándose al calor, rompía con estrépito su parda cascara, remedando á intervalos el fuego granendo de una guerrilla. Muy pronto la cesacion absoluta de toda explosion fué indicio cierto de que las castañas estaban asadas, y una media fanega, que vomitó el cilindro de su seno, después de peladas y mondadas, comenzaron á circular por el corro en compañía de una hidrópica bota de toro, según la marca de tosco hierro acusaba, pero cuyo contenido estaba muy lejos del poderoso tinto del país de su nombre; las amarillas castañas y las libaciones del picante aloque pusieron de buen humor á los dueños de aquellos fáciles paladares; que los vapores báquicos, al in-

fluir sobre la masa cerebral, dejan, olvidada en el estómago, la marca de la bodega. Como personajes de segundo término de este cuadro, tomaban plaza en derredor de la lumbrera algunos individuos de ambos sexos, que constituían la familia de la casa, reforzados con algun vecino, que al olor de los succulentos vapores de las perdices y las truchas que habían de cenar los cazadores, acudieron, destacando particularmente entre ellos la repulsiva figura del pobre cretino, ser digno de lástima y objeto de escarnio por parte de los cazadores: esta individualidad inherente á todas las aldeas de aquellas montañas, indiferente á su destino, recibía con estúpida risa toda burla que se dignaban hacerle, á trueque de algun trago de vino.

El denso humo que invadía el amplio local, el oscilante fulgor que teñía de rojizos tonos los jabalcones del techo, cargado de hollín, el estrépito de la lluvia que rodaba á intervalos por las pedregosas cuencas, los coros báquicos de los cazadores, turbando la paz idiliaca de aquellas agrestes soledades, formaban en conjunto un infernal pandemonium que hacía formar extraña idea de qué cosa es el placer.

Quizá en su fuero interno aquellos miseros montañeses, á pesar de su humilde carácter, al considerar la festiva hartura de los huéspedes, formaban envidiosas comparaciones sobre las desigualdades sociales; otras gentes, en cambio, muy lejos de envidiar á los humorísticos cazadores, encontrarán su alegría injustificada ante la perspectiva de una mala cama y el recuerdo de un mal vino.

Que durmieron bien no hay que dudarlo; pero aun durmieron mejor los que ántes hemos citado como figuras de segundo término, en un lugar llamado sobrado, ó sea un guardillon-pajar, en donde sin rubor ni afañ, los sexos mezclados olvidan las fatigas de la vida.

En cuanto al matrimonio dueño de aquella gran choza, se cubió sin remilgos en el tálamo legal ó la vista de todo el mundo. El tálamo consiste en un nicho vaciado en el muro, en el cual unas cuantas malas tablas forman la caja del lecho, que es, en fin, una especie de madriguera, á donde no se hallan libres de que alguna vaca, prófuga del establo, vaya á turbar con su destilante hocico los amorosos deberes de los cónyuges.

Por fin amaneció para todos, y un tiempo ménos lluvioso puso, y ya era tiempo, término á la cacería.

LUIS OVALLE.

CAFÉ INDÍGENA.

Vivia y vive todavía en una ciudad de Italia, que no queremos nombrar, un buen canónigo, muy respetable y muy respetado. Dió un día hospitalidad á un monje errante y le agasajó lo mejor que pudo. Éste, agradecido, al despedirse, saca de sus alforjas con gran misterio un paquetito lacrado y sellado, y le entrega al buen canónigo muy sorprendido, diciéndole: «Sembrad esta semilla; en los largos años que he pasado en Méjico, he vivido de ella; en su pequeñez encierra toda la divina esencia, todo el aroma y sensualidad del buen café; sembrad, y enriqueceréis á vuestra patria con un producto que ha debido hasta ahora pedir á otros continentes.» Dicho esto, se va el monje y no vuelve á aparecer en el país.

El buen canónigo siembra, recoge, prueba, y muy satisfecho, envía la semilla y el licor que produce á una Exposicion que se verificaba en una ciudad cercana. Allí no se hizo caso ni de la semilla, ni del licor, ni de la historia del monje errante. Sin embargo, un labrador, más avisado que los demás, ó seducido por el letrado, el Sr. V. Gasparinetti, se proporciona algunas semillas, las siembra, multiplica la planta, y propaga en toda Italia el *café mejicano*. Otros labradores se dedican al mismo cultivo en grande escala, y venden el nuevo café bajo varios nombres, ó lo mezclan al verdadero café en diversas proporciones; pero todos quedan satisfechos, los vendedores y los consumidores.

El Sr. Goncet de Mas, catedrático en la Universidad de Padua, vivamente instigado por todo lo que se publica y se dice sobre el nuevo café, y extrañado que un producto tan conocido y usado en Méjico haya tardado tanto en atravesar los mares é introducirse en Europa, se dirige á los cónsules de aquella nacion en Italia y en Francia, pidiéndoles datos y explicaciones. La contestacion llega clara y terminante: el *café mejicano* es completamente desconocido en Méjico. Pero el Sr. Goncet de Mas había sembrado también la famosa semilla, y somete la planta, con sus tallos, hojas, flores y frutos, á su sabio colega el señor Saccardo, profesor de Botánica en la misma Universidad, y éste, sin conocer los antecedentes, declara que la planta no pertenece á la flora de Méjico, y es sencillamente el *Astragalus balticus*, de la familia de las leguminosas, que crece espontáneamente en todo el litoral del mar Mediterráneo, y especialmente en Portugal, España, Sicilia y Grecia.

Se ama en seguida una gran polémica. El Sr. Goncet de Mas se indigna de que se haya propalado toda esa historia del monje y de Méjico; ¿por qué? ¿con qué objeto? No podía existir el propósito de engañar al público. El *Astragalus baticus* y sus propiedades están conocidas desde hace tiempo en *Medicina*; la mistificación no podía durar ante un examen serio; ¿no valía más, por el contrario, decir la verdad, toda la verdad, que hubiera favorecido mejor la propaganda, puesto que, siendo indígena la planta, el buen éxito de su cultivo estaba asegurado?

Nosotros no participamos de la opinión del ilustre catedrático; creemos, por el contrario, que la historia o cuento del monje de Méjico,—pues cuento debe ser,—y el misterio que envolvió la propagación de la preciosa planta en un principio, contribuyeron no poco á que se acepte como *alimento* un producto que hasta entonces se consideraba como un medicamento, y tememos mucho que, divulgado el secreto, el alimento se vuelva como antes, medicamento. Muy propensos estamos todos á desdenar los bienes de que nos rodea y colma gratuitamente la naturaleza. Nosotros, en vez de descubrir el fraude, el engaño, y de lanzar al viento de la publicidad el verdadero nombre de la planta, hubiéramos sostenido que no procedía de Méjico, sino de la luna ó de alguna estrella de los cielos, al mismo tiempo que hubiéramos propagado la semilla, cuyo cultivo es tan sencillo y fácil, que el saber que la planta es indígena, no puede en nada aumentar el deseo de utilizarla.

Pero ya que la fábula no puede prevalecer, porque el ruido de la disputa no tardará en llegar á España, participaremos á nuestros lectores que El Campo, muy previsor, ha mandado recoger en los sitios donde el *Astragalus baticus* crece espontáneo, una buena porción de semillas, que pone gratuitamente á la disposición de sus suscriptores y de todas las personas que, no siéndolo, se suscriban por sólo un año. De este modo ventilaremos la cuestión en familia, y sabremos en este mismo año de gracia de 1879 si la planta constituye un alimento ó tan sólo un medicamento.

Debemos observar que el digno catedrático Goncet de Mas en ninguno de sus escritos pone en duda las cualidades alimenticias, higiénicas y sensuales del *nuevo café indígena*. Que lejos de eso, antes de conocer su origen, como después de conocerlo, consideró el hallazgo como un gran descubrimiento, como un inmenso beneficio para todas las clases sociales que no pueden consumir el verdadero moka ó el buen Puerto-Rico. Únicamente contra el cuento del monje de Méjico ha levantado su autorizada voz. Además, es innegable que el producto tiene ya gran aceptación en Italia, bajo uno ú otro nombre, puro, ó mezclado con el café. Por lo tanto, hay que suponer que la planta reúne verdaderamente buenas condiciones alimenticias, y, como lo dice el sabio profesor, «que cada propietario rural, cada labrador, cultivará pronto en un rincón de su huerta el café necesario á su familia, y aun un excedente que ofrecerá á sus amigos de la ciudad.» El Campo empieza por ofrecer la simiente á sus favorecedores, para que puedan hacer el debido ensayo y decirle su parecer.

En el próximo número daremos algunas instrucciones sobre el cultivo de la planta, al mismo tiempo que repariremos la semilla.

E. M.

ASILO PARA PERROS EN LONDRES.

Hace unos sesenta años organizóse en Holloway una Sociedad para fundar una institución cuyo objeto fué el coger y guardar por cierto tiempo los perros perdidos y socorrer á los vagabundos é indigentes. Esta institución ha vivido y prosperado, y hace algún tiempo trasladó el Asilo fundado en Holloway á Battersea, donde se ha instalado con grandes mejoramientos. Durante los últimos diez años la Sociedad ha recibido todos los perros vagabundos que la policía de Londres recogía; los alojaba, alimentaba y asistía con gran esmero, hasta que los dueños de los asilados animalitos acudían á reclamarlos.

Pasado cierto tiempo, sin embargo, los que quedaban olvidados ó los que nunca tuvieron dueño, eran puestos en venta, y ya limpios, gordos y con buena cara eran comprados casi todos. Los infortunados por quienes nadie daba ni un penique, eran al fin *otherwise disposed of*, cruel eufonismo bajo el cual se comprendía un método sumario de sacar provecho, cuando ménos, de la piel de los abandonados.

El Asilo de Battersea consta de varios cuerpos de edificio, siendo los más interesantes la cocina y los destinados á los perros. Estos tienen convenientes separaciones para las castas de mayor ó menor tamaño, además de las perreras ordinarias en que por igual está dividida la general, con objeto de que no se acumule un número excesivo de asilados, lo que ocasionaría motines, algaradas y disturbios muy frecuentes entre ralea tan bulliciosa y expansiva. Las perreras están contruidas en crujía alta y cubier-

ta de ladrillo y hierro, y tienen á un lado de ella y en toda su longitud un grande espacio subdividido y circundado por un fuerte enverjado de alambre, dentro del cual pueden los perros tomar el sol y estar al aire libre sin dar guerra á los guardas.

La cocina puede poner los dientes largos á muchos racionales, según es la limpieza, orden y abundancia que en ella reinan, lo completo de la batería y el magnífico fogón; oficina, en fin, digna de cualquiera fonda humana bien establecida.

La policía lleva diariamente un gran número de perros, que son llevados en coches contruidos para este servicio; y diariamente también la *House for lost and starving dogs* es visitada por centenares de afligidos *misses*, ansiosos ciudadanos ó simples aficionados que acuden ya á reclamar alguna «dulce prenda por su mal perdida», ya á ver si consiguen burlar á los guardas, llevándose algún perro que nunca les perteneció, que de todo se dan casos.

Las escenas que allí ocurren entre los afligidos bipedos y los cuadrúpedos que manifiestan á coro su equivalente desolación, en todos los diapasones y en todos los aires de la onomatopeya canina, son divertidas unas veces, interesantes y conmovedoras otras.

Los reclusos, con ese instinto tan perspicaz que les caracteriza, adivinan y reconocen la llegada de los reclamantes, y entónces es el oír todos los ladridos imaginables, todas las recriminaciones, quejas, súplicas y lamentaciones, que no hay animal que, por muy dorada que sea su jaula, no suspire siempre por la libertad. Allí es ver á la apuesta y sensible *miss* apalanzarse sobre el enverjado, exclamando entre llorosa y riante: *this is my dear old rover!* mientras que puesto en dos piés y alargándose cuanto puede, se estira hasta querer juntar su hocico con el rostro de su ama, un fiel *setter* de largas y sedosas lanas. En tanto sus compañeros suspenden los ruidosos ladridos ó los resuelven en lastimeros quejidos, contemplando melancólicos aquel interesante grupo.

En otra perrera alborotan y chillan y se revuelven y brincan ladrando multitud de falderos, cuya exigua talla no les deja ver sino á los visitantes que se arriman á la verja, y tal vez hay algún ratonero audaz que de un salto se agarra á la verja, y poniéndose de brazos sobre el muro, como casquivana mozueta á su balcon, confía así en atraer á la perdida dueña.

Si en algún sitio puede observarse la intimidad de relaciones que existe entre el hombre y el perro es en la *House for lost dogs* de Battersea. ¡Qué expresión en la mirada! ¡Qué sentimiento en la voz! ¡Qué diversidad en el aspecto y en las actitudes de cada sujeto revelando su distinta idiosincrasia! Y cuando por fortuna viene á sacarle de aquella esclavitud el adorable dueño, ¡qué bipedo implume sería capaz de manifestar su gratitud y su alegría con demostraciones tan sinceras y tan expresivas?

En la mayor parte de las ocasiones la simultánea manifestación de mutuo reconocimiento no deja lugar á duda acerca de la respectiva identidad del dueño y de su perro, y éste es entregado á aquél sin otra prueba; pero alguna vez, cuando los guardas y vigilantes, cuya larga práctica en la psicología canina les facilita graduar la espontaneidad de sus manifestaciones con bastante exactitud, exigen que el reclamante se someta á una prueba que se tiene por decisiva. Sácase al perro del encierro común, y mientras un guarda le sujeta, la persona que ha acudido á reclamar al animal corre delante de él como si se marchase. La actitud del perro en este instante decide la cuestión, y no deja de ser lisonjero para el hombre el que, mientras su palabra se pone en duda, el mudo testimonio del perro sea el que le confirme ó le anule.

Existen también en otros puntos hospitales para perros, perfectamente montados, y algo de esto hay en Madrid mismo en la Escuela de Veterinaria, si no estamos mal informados.

En España, sin embargo, hay mucho que hacer todavía para conceder á los animales toda la protección que merecen y que á los mismos intereses del hombre conviene.

N.

EL BAILE DEL LICEO.

Hay sociedades afortunadas, y el Liceo es una de ellas. Los elementos de que dispone son tan múltiples y varios, que armonizados y dirigidos por una mano experta, se aumentan, se agigantan hasta producir el baile-concierto del mártir.

Los malagueños no debíamos sorprendernos de esto, porque sabido es que Málaga tiene fama de elegante en sus reuniones y saraos, y, sin embargo, el mártir quedamos sorprendidos ante el espectáculo que se nos ofrecía.

Allí reinaba el buen gusto en todo: ni el más pequeño incidente había pasado desapercibido, y con ese buen tono que distingue á nuestro excelente amigo el Sr. D. Manuel Orozco-Boada, presidente de aquella Sociedad, admirablemente secundado por sus compañeros de directiva,

habíase aglomerado un lujo de pormenores, de esos nada que al pronto parecen insignificantes y que luego constituyen la esencia principalísima de toda reunión elegante.

Y esto que no es nuevo en el Liceo resaltaba más y más en la noche á que nos referimos, porque la ciudad entera se prostaba á ello: la atmósfera, por decirlo así, estaba impregnada de esta reunión, y el Sr. Orozco no tuvo sino recoger en aquella espléndida batea, radiante de luz y de vida, de animación y de elegancia, ese tenue polvo que, como el impalpable que cubre las alas de la mariposa, lo reviste todo de púrpura y azul, de grana y oro.

Toda Málaga, como se dice en el *argot* del gran mundo, se preparaba para esa reunión; toda Málaga quería asistir á ella, y toda Málaga hablaba de los preparativos que hacían unos y otros.

Por eso se cerraron los teatros; por eso las tertulias particulares cerraron también sus puertas; por eso las avenidas que dan paso al edificio se veían llenas de gentes del pueblo, que corrían ansiosas á ver la llegada de los invitados; y ya, digo, todo esto se comprende fácilmente, porque el concierto-baile con que el Liceo obsequiaba al ilustre Duque de la Torre y á sus bellas y elegantes hijas, era la *great attraction* del mundo elegante.

Y el Liceo, que se preparaba á recibir á tan distinguidos huéspedes y á la *élite* de la sociedad malacitana, vistió aquella noche sus mejores galas.

Desde la fachada, iluminada espléndidamente con luces de gas, hasta los más recónditos gabinetes, todo brillaba como un ascua de oro. El salón de entrada hallábase materialmente cubierto con macetas y arbustos, con plantas exóticas é indígenas, que aromatizaban la atmósfera: entre las plantas se levantaban airoas columnas de ébano sosteniendo pesados candelabros de bronce y plata, cargados de bujías. Palmeras enanas cubrían sus esbeltos brozos, difundiendo ligeros tonos oscuros que hacían resaltar más aún los esplendores de la luz, y cruzando por entre ella, amortiguados sus pasos por la tupida alfombra, veíase una pléyade de jóvenes que, ansiosos, esperaban la llegada de las *ellas* para rendirles esos tributos que la galantería y el buen tono exigen.

Pero donde brillaba en todo su esplendor el buen gusto artístico de mi amigo Horacio Lengó; donde su imaginación, siempre fecunda, había hecho un *tour de force*, fué en el adorno del salón principal.

De las pesadas y elegantes arañas, cargadas de luz, pendían ligeras y airoas canastillas de alambre dorado, llenas de flores aromáticas; bajo cada una de las antiguas cornucopias, adheridas al muro, lucía igualmente un magnífico ramo de flores, combinados con esmero y tacto, de los que pendían dos anchas y prolongadas cintas de faya de colores variados. La tribuna, ocupada por la orquesta, lucía igual adorno, destacándose en ella los soberbios jarrones de cerámica, sobrecargados de flores.

El tocador de señoras, ese templo sagrado de la mujer elegante, que tanto complemento necesita si ha de responder á su objeto, era un *chef d'œuvre*; porque todo era allí delicado, todo era fino, todo era aristocrático. Las señoras se encontraban como en sus casas, pues nada les faltaba, de nada carecían: los costosos peines de *ecaille*, la perfumada *veloutine*, la diminuta horquilla, llamada invisible, que ha de prender el tenue encaje ó la desprendida falda, lucían en elegantes *plateaux* de pintada porcelana ó tallado cristal, en tanto que las preciadas esencias se desbordaban de sus caprichosos botes.

A las nueve y media de la noche, y cuando ya la concurrencia era numerosa, entraban el Sr. Duque de la Torre y sus hijas con la señorita de Topete, á quienes había ido á buscar en su carruaje el Presidente de la Sociedad. El Sr. Orozco daba el brazo á la señorita doña Concepción Serrano; D. Joaquín Tentor, Vice-presidente, á la señorita doña Josefa Serrano, y D. Domingo Gabardá, también de la Junta Directiva, á la señorita doña Salomé Nuñez de Topete, mientras al general Serrano le acompañaban sus sobrinos D. José y D. Rafael López Domínguez, y el coronel de Artillería, D. José Lachambre, dando comienzo el concierto.

La señorita de Gamez cantó, con esa afinación que tanto la distingue, la preciosa romanza de Guillén, *¡Se fosse ver!* mereciendo grandes y prolongados aplausos, así como el Sr. Tentor en su romanza *Le roi de Lahore*, tan difícil como bella.

También Regino Martínez fué aplaudido con entusiasmo al dejar oír las melodiosas notas de su violín, de ese instrumento mágico, creado, sin duda, en una noche de fiebre artística.

Después... después se sirvieron con profusión, con verdadera prodigalidad, *sandwichs*, *biscuits*, *cakes*, *thé*, ponches y dulces, que multitud de criados, vistiendo de rigida etiqueta, con la casaca y el pantalón corto, circularon por el salón y el vestíbulo.

Un detalle que no quiero pasar en silencio: la Junta Directiva envió por la mañana á las señoritas de Serrano y de Topete tres magníficos ramos de violetas y camelias, con grandes caídas de faya, en las que con letras de oro se

leía el nombre de la destinataria y el del *Liceo de Málaga*; ramos tan bellos, tan elegantes, que el Duque ha dispuesto enviarlos á Madrid á la señora Duquesa de la Torre, como un recuerdo de su estancia en esta ciudad.

Ahora debo hablar del baile: debo decir que con ese encanto, ese *charme* que tanto distingue á la juventud malagueña, se sostuvo la animación hasta las tres de la madrugada, entre los sonoros acordes de la bien regida orquesta, y cuando dieron las tres, todos quedaron sorprendidos, pues parecía que entonces empezaba la noche.

A esta hora se despidió el Duque de la Torre y su familia, siendo acompañado hasta la puerta del edificio por la Junta Directiva, que se mostró incansable al hacer los honores de la casa, y cuyo Presidente tuvo una frase galante para cada una de las señoras y señoritas que llenaban el salón.

Sé que dejó un gran vacío en esta Revista, porque mis lectoras querrán saber el nombre de las damas que concurrieron al concierto, pero en la imposibilidad de dar todos los nombres y reseñar todos los trajes, que eran elegantes y ricos, voy á citar solamente el de la señora Orozco-Boada, que vestía un costoso traje raso *broché* y faya, color verde *foncé*, con aderezo de brillantes y estrellas de piedras en el peinado: la señorita de Serrano (Concha) vestía *toilette Pompadour* celeste y blanco, escotada y luciendo en la garganta una finísima *rivière* de brillantes; su hermana Pepa vestía de alto un traje color rosa bajo, y la de Nuñez de Topete, de blanco escotado.

El general Serrano no lucía condecoración alguna, así como tampoco el Sr. Orozco-Boada.

Voy á concluir, pero antes quiero daros en una palabra llena de *esprit*, la síntesis de la fiesta que he reseñado.

Hela aquí:

Mi amigo Orozco se acercó á la hija mayor del Duque, y le preguntó:

— ¿Está V. contenta, Concha?

— No; estoy encantada.

(El Mediodía de Málaga de 9 de Enero.)

NOTICIAS GENERALES.

Leemos en un periódico francés, que el alcalde del pueblo de R.... ha publicado el siguiente edicto, que podrá ser no muy legal, pero es muy gracioso:

«Pueblo de R....»

«Nos *mère* (1) de este pueblo, antiguo soldado y como tal teniendo orror de la sangre derramada, y siendo miembro de la sociedad de los animales, y siendo ya *mère* y queriendo en lo posible ser padre de nuestros administrados, tomamos la inicial y decimos:

»Artículo I.

»Decretamos lo que sigue.

»Art. II.

»Cadet está encargado de ejecutar.

»Art. III.

»Cadet es el guarda de campo.

»Art. IV.

»La caza queda abolida.

»Art. V.

»Y esto es todo, aparte de lo que sigue.

»Art. VI.

»Todo cazador cogido en contravención será castigado del talion, si Cadet es el más fuerte; si no, será una buena multa (para el huérfano). La escopeta será confiscada y las municiones, y si reclama se le pegará encima.

»Art. VII.

»Yo, tendremos el derecho de caza sólo con nuestros amigos; el médico me ha mandado el ejercicio, y si la gente se disgusta se trará á Cadet y veremos.

»Art. VIII.

»La escopeta confiscada será para mí.... y la multa también.

»He dicho.

H. Camembert
Mère.»

El caballo *Chamant*, del Conde de Lagrange, ha sido comprado en 30.000 duros por el Gobierno de Prusia, para semental.

El invierno es una estación ruinosa para los estiércoles puestos en montones al principio de la estación y que no podrán usarse sino al fin. El invierno, con las lluvias y nieves, disuelve la sales útiles, evapora todas las volátiles y le hace perder las dos terceras partes de sus virtudes fertilizantes. Cuando se trata de usarlo á medida que se descompone el estiércol, bajo la acción del agua y la lluvia, el ácido carbónico los transforma en materias de ázoe,

en carbonato de amoníaco, que es muy volátil y se evapora fácilmente.

Algunos labradores, para fijar este amoníaco, riegan el estiércol con agua mezclada con ácido sulfúrico, ó con sulfato de hierro mezclado con yeso. Estas materias contienen azufre, que combinadas con las sales de ázoe, las transforman en sulfato de amoníaco. Esta adición conviene sobre todo al estiércol de caballo, porque se descompone muy pronto. También se usa el fosfato en polvo como un agente útil para conservar el ázoe y enriquecer el estiércol en ácido fosfórico, que es un elemento esencial para las plantas. El fosfato absorbe bien el ázoe del estiércol, pero si éste se seca se vuelve á formar carbonato de amoníaco, que es volátil.

Para obviar á este inconveniente es preciso regar de cuando en cuando con purín de estiércol que se le haya echado fosfato de cal, para conservarlo en un estado de constante humedad.

Los químicos han probado en sus experiencias que las materias orgánicas tienen la propiedad de disolver las sales minerales en general, y el fosfato de cal en particular.

De estos hechos se infiere que la combinación del estiércol con el fosfato de cal produce un abono superior, y que el fosfato se hace muy soluble.

Los esposos B... acababan de acostarse cuando oyeron como un suspiro en el mismo cuarto. La mujer dijo á su marido: «Has dejado el perro en el cuarto.» Abrió entonces las cortinas de la cama, y cuál sería su espanto al ver brillar en la oscuridad y cerca de ella dos ojos como llamas. A los gritos dados por la mujer asustada, su hijo, que dormía en el cuarto contiguo, se levantó, encendió luz y entró en el cuarto de sus padres.

Entre el armario y una mesa, sentado como un perro, había un lobo, abriendo una boca capaz de hacer retroceder á los más intrépidos; pero fué muerto á palos por el hijo, ayudado por los criados.

El invierno es la estación por excelencia para recoger los estiércoles y purines y almacenarlos y tenerlos en reserva, para regar, al principiar la primavera, los prados y las plantas, que necesitan agua y abonos. Los labradores inteligentes no dejan perder el purín; algunos hacen una cisterna ó estanque para recogerlos, y un tonel con una bomba para repartirlos fácilmente en las tierras. En las comarcas bien cultivadas nadie desperdicia el purín, y en las pobres y mal cultivadas se ve ese precioso abono abandonado, correr é infiltrarse en las lagunas y charcos cuyas aguas corrompe y hace una bebida insalubre para los animales.

Hace tiempo, un alcalde de un pueblo de Holanda publicó un bando prohibiendo, bajo multa, dejar el agua del estiércol correr por la vía pública. Muchos pagaron la multa, pero otros recogieron las aguas y las echaron en sus sembrados. El resultado no tardó en convencerles; habían hecho una buena operación, y desde entonces hicieron por interés lo que al principio ejecutaron á la fuerza.

En Suiza todos los labradores salan los purines para acrecentar su virtud fertilizante. El origen de esta costumbre, como otras muchas invenciones útiles, se debe á la casualidad. Un campesino suizo había pasado de contrabando un saco de sal. Perseguido por los aduaneros, lo arrojó en una laguna llena de purín; la sal se deritió y el cuerpo del delito escapó á los agentes. Nuestro campesino temiendo un efecto perjudicial de la sal, adicionó el purín con agua y lo repartió en sus tierras. Su cosecha fué tan abundante, que desde entonces salió el purín. El éxito fué grande y su práctica se propagó é hizo escuela. Hoy todos los labradores suizos salan sus purines. Añadiremos que el purín debe mezclarse con agua, y la sal debe ponerse 20 gramos por hectólitro.

El número de carreras de caballos, sin obstáculos, ha sido en 1878 en Inglaterra de 1.699, 60 más que en 1877, pero 208 menos que en 1876 y 539 en 1869.

La casa Sutton, de Londres, verifica hace veinte años concursos en que da primas considerables á los laureados. Este año ha tenido lugar el concurso en Reading, donde tiene sus cultivos. Cerca de 20.000 personas han visitado la Exposición. Mr. Sutton ofrecía un objeto de arte y 12.500 francos en premios. Toda la aristocracia agrícola inglesa ha visitado esta notable Exposición, y entre los expositores figuraban la Reina, el Príncipe de Gales y los principales propietarios de Inglaterra. La remolacha encarnada, llamada *mammouth*, pesaba 20 kilogramos y medía 92 centímetros. La más grande, amarilla, pesaba 10 1/2 kilos; la *lankard dorada* 17 kilos y 100 gramos. La *mammouth* ha producido 289.000 kilos por hectárea; la *lankard dorada*, 222.000; la amarilla, 190.000. Había coles pesando 25 kilos.

El número de caballos de todas edades que han corrido en Inglaterra en 1878 ha sido de 2.097 contra 2.057 en 1877; el mayor número ha sido de 2.569 en 1870; pero era cuando la guerra, y muchos caballos franceses se habían refugiado en Inglaterra.

El comercio de las plumas de avestruces toma en Inglaterra una extensión cada vez más considerable, á la vez que la cría y domesticación de ese animal va desarrollándose en el Sud de Africa.

En el año de 1860 la cantidad de plumas de avestruces exportada del Cabo de Buena-Esperanza fué de 2.297 libras, cuyo valor era calculado en lib. est. 19.261, ó sean, lib. est. 8,40 igual ps. fs. 39,48 la libra. Diez años más tarde, la cantidad de plumas exportadas era doce veces mayor, y el valor, cinco veces más. En 1873, la cantidad alcanzó á 31.581 libras, y su valor, lib. est. 139.679 igual; es decir, que el precio es todavía bastante elevado, pues alcanza á lib. est. 4,42, ó ps. fs. 20,77 la libra, cuando las plumas de nuestros avestruces sólo valen en plaza, de 1,70 á 2,50 ps. fs. la libra, en barraca. El valor de las del Cabo es, pues, ocho veces mayor que el de las nuestras.

Nada prueba mejor la importancia de la industria, nueva todavía en Africa, la cría de los avestruces, dice el diario *Colonies and India*, que extractamos aquí, que los hechos relatados por un diario del Cabo. Dice que en una venta pública que tuvo lugar recientemente en Middleburg, veinte casales de avestruces se vendieron en 200 libras est. (ps. fs. 940) cada uno, en término medio, siendo lib. est. 130 el precio más bajo, y lib. est. 285 el más alto. Parece que para los avestruces elegidos de algunos criadores renombrados, el precio excede todavía el de lib. esterlinas 300 para cada casal.

La casa Albaret y C.^a, de Liancourt (Oise), que es una de las principales constructoras de máquinas agrícolas, ha sido premiada en la Exposición, con la promoción al grado de oficial de la Legión de Honor de su jefe Mr. Albaret. Los obreros de la fábrica le han ofrecido la cruz enriquecida con brillantes, en prueba de cariño y agradecimiento por el interés que toma en el bienestar y porvenir de los obreros.

En Argenton (Francia) un tremendo lobo tenía costernados á los labradores. Siete personas, treinta carneros y cabras habían sido mordidos más ó menos gravemente. Entre las víctimas, una pobre mujer que guardaba sus cabras, teniendo á un niño en la falda, la acometió el lobo y le arrebató el niño huyendo hacia un bosque. La madre corrió detras y consiguió con sus gritos que el animal dejase el niño, pero fué para dirigirse contra ella, arrancándole el pecho izquierdo y media mandíbula. Despues atacó á un segador, que dotado de gran fuerza, sostuvo una lucha cuerpo á cuerpo con el animal; durante cinco minutos lo tuvo sujeto, pero al fin se le escapó, mordiéndole el dedo pulgar de la mano derecha que le arrancó, así como una oreja. Todos los campesinos armados de palos y hoces y algunos cazadores salieron en su persecución, cuando se supo que un jóven de 18 años acababa de matarlo. Este muchacho, al verlo arrojarse sobre los carneros, tuvo el valor y sangre fría de esperarlo á pié firme á su paso. Le dió un golpe con una hoz y dió lugar á que su padre viniera en su socorro, matándole despues.

Sandwichs de queso.—Hé aquí un plato inédito. Se toman dos terceras partes de buen queso y una de manteca; se le añade un poco de crema, y se muele en un mortero. Despues se extiende la pasta sobre rebanadas de pan, se aprieta bien y se parte en pedacitos cuadrados.

El gobierno inglés ha nombrado para el tan envidiado puesto de general en jefe de los cazadores de tigres en la casi isla de Malaca, á un frances, Mr. Harnancourt, que ha pasado su vida persiguiendo los tigres y leopardos, habiendo matado más de 500.

Algunos cazadores se habían reunido en el monte Ralvena, cerca de Bellune para cazar liebres. Hacía poco que había salido el sol, cuando uno de ellos distinguió una sombra. Levantó los ojos y vió que era un águila que llevaba una serpiente en el pico y una liebre en las garras. Volverse, apuntar al águila y tirar, fué cosa de un instante. Herida en un ala cayó á tierra, y despues de haberla matado el cazador, le arrancó la liebre aún viva. El águila, que era como de un año, la compró uno para conservarla.

El edificio para la próxima Exposición internacional de Melbourne (Australia), ocupará cinco acres y su coste será de 350.000 duros. El sitio donde se va á establecer será Carlton Gardens y hay gran actividad en los preparativos.

En el centro de América se ha presentado una plaga de langostas, y los sembrados de Salvador, Honduras, Costa-

(1) Se sabe que en frances *mère* es alcalde.

Rica y Nicaragua han sido totalmente destruidos, produciendo en el país una gran miseria. Se ha prohibido la exportación de cereales y legumbres, y toda la población se ocupa en destruir el insecto. El Gobierno ha recomendado se planten patatas que se creen preservadas del ataque de la langosta.

El célebre cocinero francés Loyer es el jefe del *Reform-Club* de Londres, y á cada instante lo llaman los socios del Club para que les dé las recetas de ciertos platos. Un día lord B., que comía con algunos amigos, después de comer una ensalada exquisita, decidió pedir la receta á Loyer. Este, aburrido ya, se propuso vengarse de tanto como le molestaban. ¿Cómo hace usted esta ensalada, le preguntó lord B., y sobre todo, cómo le da V. ese sabor tan delicioso que tiene?

«Es un gran secreto, que no puedo descubrir.—Pues yo exijo que me dé la receta, dijo lord B.—Puesto que milord exige, contestó Loyer, hé aquí como la hago: Después de poner mucho aceite, poco vinagre, bastante pimienta, sal y varias hierbas, tomo un poco de ajo, el que masco un rato, y después, acercándome á la ensaladera, soplo encima de ella un poco: hé aquí todo.»

Ingeniosa definición dada por *El Figaro*, de Londres. Entre dos que pasean.

Uno.—No me doy bien cuenta de la diferencia que hay que hacer entre la ocupación y la ansiedad.

Otro.—Voy á explicársela. Cuando se toma posesión de una cosa, sin prevenir al propietario, esto se llama ocupación.

Uno.—¿Y la ansiedad?

Otro.—Cuando se continúa sin prevenirle.

La señora de P... permite á su hija que lea novelas, pero tiene mucho cuidado de recomendarle que pase por alto las líneas de puntos.

Las labores de invierno empiezan algunos á hacerlas con cierta actividad, cuando el suelo está bastante seco, no así cuando la tierra está cubierta de nieve. Algunos no dudan en meter el arado y rastrillo en los campos cubiertos de nieve, pues creen que conteniendo ésta sales de amoníaco, dará á la tierra un buen abono.

El periódico *La Ferme Suisse* combate esta operación y la declara perjudicial á las plantas que allí se siembran. Demuestra, por experiencias termométricas, que la nieve mezclada con la tierra no se derrite sino muy lentamente, guardando la tierra durante largo tiempo un grado de temperatura mucho más bajo que el estado normal. Por el contrario, cuando la nieve cubre el suelo sin entrar en el terreno, se aprovecha del poder diatermano de la atmósfera. El periódico suizo acaba su demostración proponiendo la siguiente experiencia: Mezclad con la tierra cierta cantidad de nieve, y dejad á un lado un espacio igual cubierto de nieve. Algunas semanas después que se derrita, habrá una temperatura más elevada en el segundo que en el primero. La atmósfera es buen conductor del calor; la tierra no, sobre todo el terreno arcilloso. Este doble hecho explica el resultado. Se siembra una planta cualquiera en los dos terrenos, y se tendrá una germinación mucho más rápida en el segundo que en el primero. Las semillas y las patatas, sembradas en terrenos muy fríos, no sólo no germinan, sino suelen podrirse. El periódico concluye diciendo se debe esperar que la tierra haya recobrado un poco de calor, después de las nieves, antes de hacer plantaciones ó siembras. Para las plantaciones de árboles, se cuidará de quitar la nieve de los hoyos y de la tierra que debe cubrir las raíces; es provechoso que la nieve cubra el pie del árbol, pero no que se mezcle á la tierra.

En Francia se ha dirigido al Senado una petición, pidiendo reformas urgentes en la ley de caza de 1844.

Los firmantes piden: 1.º Que se cierre la caza el 31 de Diciembre. 2.º Que la venta de la caza muerta por los contrabandistas, sea castigada y vigilada severamente. 3.º Que no se permita otra arma que la escopeta. 4.º Que la circulación de los animales vivos no destinados á la reproducción sea prohibida. 5.º Que los pájaros de paso estén protegidos por tratados internacionales.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

Así como los niños y los medrosos cantan cuando pasan por un lugar solitario para ahuyentar con sus ecos temores de la imaginación y fantasmas del miedo, la sociedad suele engolfarse en fiestas cuando el año viejo acaba y el nuevo comienza, como si el hombre no quisiera fijarse en el balance de desengaños é ilusiones que la realidad le presenta en esos días de meditaciones y de saldos.

La primera quincena del año 79 ha pasado animada y

bulliciosa, señalando sus días con agradables fiestas.

Comenzó con una reunión improvisada, pero brillante, en casa de los Marqueses de Bedmar, continuó con un gran baile en la Embajada de Portugal, y entre estrenos de obras dramáticas, primeras representaciones de óperas ó invitaciones para reuniones, ha pasado entretenida, como si se quisieran olvidar con nuevas alegrías pasados dolores, ó como si en la agitación de las fiestas se quisiera ahogar la melancolía que inspira un año nuevo, inquietándonos con la zozobra de lo desconocido.

Porque es preciso atravesar en medio de la dicha los senderos floridos de la juventud, ó sentirse muy halagado por la felicidad y la ventura para no entrar con temor en un año nuevo, al recordar las amarguras que nos deja y las ilusiones que se llevó el pasado.

Alguna de sus fechas, es verdad, formará época en nuestra vida. El placer y la dicha las gravó más indeleblemente en nuestra alma que el grabador en el dorado oro de una sortija, ó que la mano al trasladar al papel risueños pensamientos y seductoras esperanzas.

Pero en cambio otras se escribieron en la losa de un sepulcro que guardó los restos de una persona querida, ó los señaló la decepción y desengaño con una arruga en la frente ó con una cana en la cabeza.

Al abandonar el día primero del año el hotel de los Marqueses de Bedmar, se despedían los que allí congregó el santo del año de la casa para el baile que al día siguiente ofrecían los Condes de Valbom.

El honorable Representante de Portugal, su distinguida señora y su apreciable familia, gozan con justicia de generales simpatías en la sociedad de Madrid, que les debe tantas horas deliciosas.

Ninguna de las personas invitadas faltó á la cita de la noche del 2 de Enero, y los salones de la calle de Fuencarral, dispuestos con el buen gusto característico en la Condesa, y perfumados con el aroma de infinidad de flores, presentaban encantador aspecto.

Las damas de la aristocracia y del Cuerpo diplomático habían dejado por fin los tristes atavíos del luto con que se han presentado desde triste fecha, y las simpáticas medias tintas del color de violeta, y los tonos del blanco velado con encajes ó amortiguado con lazos de más severo color, pregonaban el alivio del duelo que ha traído con sus días el gran bálsamo de todas las desdichas; el tiempo.

Al lado de las elegantes y severas toiles de medio lato, se admiraban otras más espléndidas en que descollaban los adornos y los brillantes.

Las señoras, ahora, muestran predilección por lucir joyas antiguas y ricos camafeos que adornaron á damas de otros siglos; gargantillas que lucieron sobre el alabastrino pecho de infanzonas y ricas hembras; joyeles que prendieron graciosas plumas; arracadas con que lució su opulencia alguna vireina de Indias; todo se saca de las arcas de las abuelas y se luce sin que nueva montura quite al valor intrínseco de la alhaja el misterioso encanto del recuerdo histórico.

Md. Baurer, que desde que se presentó en Madrid goza, por unánime expresión del sufragio elegante, fama merecida en asuntos de distinción y buen tono, ha escogido para lucirlas en las pasadas fiestas, entre las ricas prendas de su guarda-joyas, suntuoso como el de una reina y selecto como el de una artista, unas alhajas del siglo XVI, de incomparable mérito.

Una princesa hizo presente de ellas á la Virgen del Pilar, y vendiéndolas no há mucho en pública almoneda el cabildo para restaurar el templo, llegando de este modo, con no escaso coste, á engalanar á la distinguida dama, que, con lucirlas, pregona primores de su exquisito gusto.

Además de ella estaban en el baile de los Condes de Valbom las Duquesas de Fernán-Núñez, de Sesto, de Tetuan, de Ahumada, de Bailén, de Híjar, de Maqueda; las Marquesas de Casa-Irujo, Villalon, Foleville, Villamejor, Vega Arnijo, Pazo de la Merced, Puñonrostro; Condesas de la Romera, Corzana, Montefuerte, Gomar, Luque, Castañeda; Sras. de Sandoval, Silvela, Méndez Vigo, Estéban Collantes y otras, y las señoritas de Loring, Chacon, El duayen, Sandoval, Rubianes, Méndez Vigo, Bernar, Allen de Salazar, Figueroa, Ayllon, Torres Adalid y otras.

La fiesta de los Condes de Valbom, que ha inaugurado la primavera de los salones, que comienza en Año nuevo y concluye en Carnaval, no será la última que tengamos que agradecer á la exquisita amabilidad de la Condesa, que este año presenta ya en el mundo á su bella hija.

Los teatros, además de la representación de *Los Puritanos*, acontecimiento musical en el teatro de la Ópera, han ofrecido *Torcer el camino* en el Español, *El Casino* en Apolo, y *El Noveno Mandamiento* en la Comedia.

De estas tres obras la única que vive hasta el presente es la última, ingeniosa y discreta comedia en que el señor Ramos Carrión ha demostrado una vez más su conocimiento de la escena, haciendo más que nada una obra sumamente agradable, que no se sale, con pretensiones por

un lado, ni con chabacanerías por otro, de los convenientes límites de la verdadera comedia.

Las otras murieron al nacer.

El Casino había despertado alguna curiosidad; se creía, como su título indicaba, que iría encaminada á estudiar esos centros de la vida moderna, donde el hombre consume no poca parte de su tiempo; y como en verdad pueden prestarse á algunas observaciones esos lugares de todos, asilos del solteron, rivales de la casa propia, pesadilla constante de las mujeres, todos creían encontrar en la nueva obra algo profundo y entretenido.

Todo menos eso; el drama se llama *El Casino* como se hubiera podido llamar *La Botica* ó *El Salon del Prado*, y está reducido á presentar unos tipos inestables, deserviendo el argumento de la novela del autor de *Sa Majesté l'Argent*, traducida al folletín de *El Globo* con el título de *El Secreto de la Condesa*.

El fracaso del joven Sr. Carvestany ha sido ruidoso, pero natural, dado el género á que se entregaba.

Un joven que ha recibido esis dotes de inspiración y genio que constituyen al poeta, podrá escribir quizá á los veinte años un poema, podrá trazar admirablemente una leyenda, componer acaso un drama histórico aprovechando los caracteres que ya dibujó el historiador; pero es absolutamente imposible que pueda escribir un buen drama de costumbres.

Para esto es necesario conocer á fondo el corazón humano, y para llegar á esta sabiduría no basta el talento, es preciso haber sufrido mucho en la ruda escuela de la práctica y aquilatarse con la experiencia.

Esa ciencia sólo la dan los años; sólo se adquiere cuando se convirtió en cenizas ó desapareció por completo la rizada cabellera. Es compañera inseparable de los achaques y del reuma, y suele venir casi siempre con la triste compañía del desengaño.

Vosotros, ilustres miembros del coro de ángeles del Casino de Madrid; generales de cuartel que obtuvisteis el primer grado en los pronunciamientos del primer tercio del siglo; periodistas fogosos cuando era joven Espartero; diplomáticos retirados; vosotros, los que vinisteis á la corte á buscar fortuna cuando bailaba la Franco, y eran unos pobres varios capitalistas de hoy; los que conocisteis la Mari-Blanca de la Puerta del Sol, oísteis misa (si todavía la oíais en aquel tiempo) en el Buen Suceso, y aplaudíais á Alcalá Galiano; vosotros, los tertulios de doña Dolores, los que comenzasteis á dar fama á Caracul y os conquistéis los primeros pasteles que fabricó en Madrid Lhardy; vosotros sois los verdaderos doctores de esa ciencia que os quieren disputar algunos niños, porque han leído toda la colección de Miguel Levy y de Dentú y han oído hablar en el Ateneo de Krausse y de Skopenhauer.

Mientras vosotros no escribais dramas (que no los escribiréis nunca), no tendríamos la verdadera autopsia del corazón hecha en la escena, y el drama de costumbres será falso, como ahora se estila.

Lo horrible pretende hacer el papel de interesante, y á fuerza de asustarnos quieren conmovernos.

Así es que el público acoge con gusto el *Don Álvaro* ó *la fuerza del sino*, *La Vida es sueño*, *El Tuvador* y todo el repertorio antiguo.

Vuelvan en buen hora esas obras maestras; resuenen otra vez en escena los inspirados acentos de *Los Amantes de Teruel*, á ver si se verifica la revolución del buen gusto y dejamos de ver en la escena adúlteras cortadas siempre por el mismo patron, con sus indiscreciones en el primer acto, su traje de baile en el segundo y su muerte trágica en el tercero.

Abranse, al mismo tiempo que vuelven al teatro estas obras antiguas, los museos, á ver si podemos descansar de la fatiga que ocasiona ver en Exposiciones, escaparates y certámenes, el torero muerto, el picador herido, la agonía del suicida, el féretro de una reina, el cortejo fúnebre de un rey, la pirpeta de un ahogado, y todos esos asuntos que parece que han llegado á ser el ideal artístico en nuestros días.

LA KASAD.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 3 DE ENERO DE 1879, Á LAS DOS DE LA TARDE.

1.ª Píña.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 3 tiradores:

Sr. D. Eduardo Anspach.— $\frac{3}{5}$ G., á 29 metros.

2.ª Píña.—Lo mismo que la anterior.

Sr. Duque de Huéscar.— $\frac{3}{5}$ G., á 26 metros.

3.ª Píña.—Lo mismo.

Sr. Duque de Huéscar.— $\frac{3}{5}$ G., á 27 metros.

4.ª Píña.—Lo mismo.

Sr. D. Eduardo Anspach.— $\frac{3}{5}$ G., á 30 metros.

5.ª Píña.—Lo mismo.

Sr. Duque de Huéscar.—111—111011 G., á 28 metros.
Sr. D. Eduardo Anspach.—111—111010, á 30 metros.
Tomó también parte en estas pinas el Sr. D. José Argaiz.
La tirada terminó á las tres y media.

TIRADA ORDINARIA DEL DÍA 10 DE ENERO DE 1879, Á LA UNA DE LA TARDE.

1.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 3 tiradores.
Sr. D. Francisco Lazo (socio de Sevilla).—011—1101.
G., á 25 metros.
Sr. Conde de Gomar.—110—1100, á 26 metros.
Sr. D. Juan Luis Lazo (socio de Sevilla).—101—10, á 24 metros.
2.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 5 pichones, 7 tiradores.
Sr. D. Santiago Udaeta.—4/5 G., á 24 metros.
3.^a *Piña*.—Lo mismo que la anterior: 8 tiradores.
Sr. D. Eduardo Anspach.—5/5 G., á 29 metros.
4.^a *Piña*.—Igual á las anteriores: 9 tiradores en 3 pichones.
Sr. Duque de Huéscar.—5/5 G., á 26 metros.
5.^a *Piña*.—En un pichon, 8 tiradores; cada uno á su distancia.
Sr. D. Juan Luis Lazo.—11 } partida.
Sr. D. Eduardo Anspach.—11 }
6.^a *Piña*.—A 22 metros: en una carambola, 4 tiradores.
Sr. D. Juan Luis Lazo.—10—10—12. G.
Sr. Conde de la Corzana.—10—10—10.
Sr. D. Francisco Lazo.—00—10—10.
Sr. D. Eduardo Anspach.—10—10—00.
Tomaron también parte en estas pinas los Sres. Marqués de Ahumada y Vizconde de la Torre de Luzon.
La tirada terminó á las cuatro y cuarto.

AVELINO.

TIRO DE PICHON DE LISBOA.

5 DE ENERO DE 1879.

Serie de ensayo.—1.^a La ganó el Duque de Loulé con 3 pichones de tres tiradas.—2.^a Empatada entre D. Carlos Luz, D. Eduardo Barreiros y D. Joaquín Almeida y Souza, con 1 de 3.—3.^a entre el Duque de Loulé, D. Carlos Pinto Basto, D. Eduardo Barreiros, Vizconde de Requengo y Conde de Villa-Real, con 2 de 3.

Handicap de 7 pichones: ganado el primer premio por el Sr. Infante D. Augusto, con 6 de 7.—El segundo, don Luis Sequeira, con 5 de 7; y el tercero, el Sr. Osborne Sampayo, con 6 de 9.

Poule de consolacion de 3 pichones: primer premio, Conde de Villa-Real, con 4 de 5; segundo, Vizconde de Requengo, con 4 de 6; y tercero, D. Joaquín Almeida, con 4 de 7.

Serie final de 1 pichon: *poule* ganada por D. Carlos Pinto Basto, por 3 de 5.

7 DE ENERO DE 1879.

1.^a *Poule*: ganada por D. Carlos Duarte Luz, por 3 de 3.—2.^a D. Joaquín Almeida, por 4 de 4.—3.^a dividida entre D. Luis de Sequeira y D. Eduardo Sampayo, por 3 de 6.—4.^a D. Luis Sequeira, por 5 de 5.—5.^a D. Osborne Sampayo, por 3 de 3.—6.^a El Conde de Villa-Real, por 3 de 3.—7.^a D. Eduardo Barreiros, por 2 de 2.—8.^a dividida entre D. Eduardo Barreiros y D. Luis Sequeira, por 4 de 4.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 42 á 46 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 á 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 14,02 á 14,06 fanega. Y la cebada, de 8,16 á 8,21 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior.

I.
G a d e s
a l a v a
d a t i l
e v i t a
s a l a s

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.^o Establecimiento de baños muy concurrido.
- 2.^o Letra del alfabeto griego.
- 3.^o Plural de un sustantivo, nombre de un mueble muy cómodo.
- 4.^o Imperativo y tercera persona de un verbo que significa consumo completo.
- 5.^o Verbo que indica rozamiento ligero de dos cuerpos.

ADVERTENCIA.

En la sección correspondiente van hoy los precios que nos pidieron varios suscritores de provincias.

PROPIETARIO,

D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CAPITAL SOCIAL: 50.000.000 DE PESETAS.

DESEMBOLO: EL 40 POR 100 Ó SEAN 20.000.000 DE PESETAS EFECTIVAS.

Domicilio social, Paseo de Recoletos, 12.

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS.

Este Banco hace préstamos en efectivo ó en cédulas de 6 por 100, á plazos de 5 á 50 años.

De los préstamos en efectivo,
el interes es de. 7 por 100
La amortizacion y comision
(por 50 años). 0,84 cénts. por 100

Total de la anualidad sobre la
suma prestada. 7,84 cénts. por 100

De los préstamos en cédulas
del 6 por 100, el interes
es de. 6 por 100
La amortizacion y comision
(por 50 años). 0,93 cénts. por 100
6,93 cénts. por 100

Añadiendo en esta última clase de préstamos en cédulas la pérdida sobre estas últimas, la carga anual sobre la cantidad prestada es ahora aproximadamente de 7 1/4 por 100.

Terminados los cincuenta años, ó el plazo que se convenga para el préstamo, y satisfecha que haya sido la última anualidad, el Banco se encuentra reembolsado del todo y la finca liberada.

Antes de que el plazo espire, el prestatario puede terminar el negocio cuando guste, reembolsando total ó parcialmente el capital del préstamo que no se halle aún amortizado, y satisfaciendo 2 por 100 de indemnizacion.

En una palabra, en los préstamos de esta clase, el prestatario vuelve á quedar libremente dueño de la finca al fin del plazo convenido, sin más

carga que la de pagar 7 1/4 por 100 aproximadamente al año.

El máximo de la suma que puede prestar el Banco es el de la mitad del valor en que aprecia las fincas urbanas y las rústicas, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los cuales no presta sino la tercera parte de su valor.

CÉDULAS.

En representación de sus préstamos hipotecario, el Banco emite cédulas que tienen por garantía toda la masa de bienes hipotecados al mismo, es decir, una cantidad doble, y en muchos casos triple de su importe, y subsidiariamente todo el capital de la Sociedad.

Las cédulas que esta Sociedad tiene en venta por ahora son de 500 pesetas nominales y quintos de 100 pesetas, con 6 por 100 de interes, ó sean 30 pesetas y 6 pesetas anuales respectivamente.

Las condiciones de seguridad que reúnen estos valores, y la ventaja de su fácil negociacion en el mercado, donde se cotizan como fondos públicos, hacen de ellos una verdadera hipoteca movilizada, participando el tenedor de todas las ventajas del préstamo hipotecario más seguro, sin los inconvenientes, gastos y tardanza que lleva consigo toda realizacion hipotecaria.

Se paga el cupon en 1.^o de Abril y en 1.^o de Octubre á su presentacion en las Cajas de la Sociedad y en los Comisiones del Banco en provincias, previo domicilio, segun las reglas vigentes.

Pueden adquirirse siempre directamente en el domicilio del Banco,

Por medio de Agente, y

En las Comisiones del Banco en las provincias.

GUANO NATURAL DEL PERÚ.

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

ARTE CISORIA

DE

DON ENRIQUE DE VILLENA

ILUSTRADA Y ANOTADA COPIOSAMENTE

POR

FELIPE BENICIO NAVARRO.

Impresa solamente una vez esta curiosa é interesante obra, «precioso monumento del lenguaje de principios del siglo xv» como le llama el erudito Salvá, son sus ejemplares muy raros y ella tan poco conocida como ignorada para la mayor parte de los bibliófilos. Copiada ahora, con toda fidelidad, del único códice que se conozca, acompaña un estudio biográfico de D. Enrique de Villena, una extensa bibliografía de sus obras, una critica del *Arte cisoria* y numerosos apéndices y notas entre las que hay detenidos é interesantes estudios de lenguaje, costumbres, indumentaria, arte sitiológica, etc., del siglo xv.

Por su parte literaria, como por la descriptiva é histórica, este libro se recomienda á toda clase de lectores, pero especialmente á los aficionados al culto estudio de cuanto se refiere al arte y práctica de la alimentacion.

La edicion se hará con iniciales, frisos y una viñeta en el gusto de las ediciones del siglo xvi.

Se harán dos tiradas, en papel de hilo; una en papel superior con las iniciales del *Arte cisoria* hechas y adornadas á pluma y pincel, en colores y al estilo del siglo xv.

La obra saldrá en breve á luz en un tomo de unas 300 páginas, en 4.^o español.

A los señores que soliciten la adquisicion de la obra en la tirada especial, se les servirá con su nombre y con el número del ejemplar.

Los precios de las dos tiradas serán de 6 pesetas para la más sencilla y de 10 para la de papel superior y letras iniciales manuscritas, para los que soliciten desde ahora la obra.

Una vez puesta á la venta se aumentarán estos precios.

Se admiten suscripciones en la librería de Murillo, Alcalá, 7, y en la calle de Postas, 30, entre-suelo.

PRECIOS DE ALGUNAS SEMILLAS EXTRANJERAS.

(Véase la advertencia en la página anterior).

PRECIOS			PRECIOS			PRECIOS		